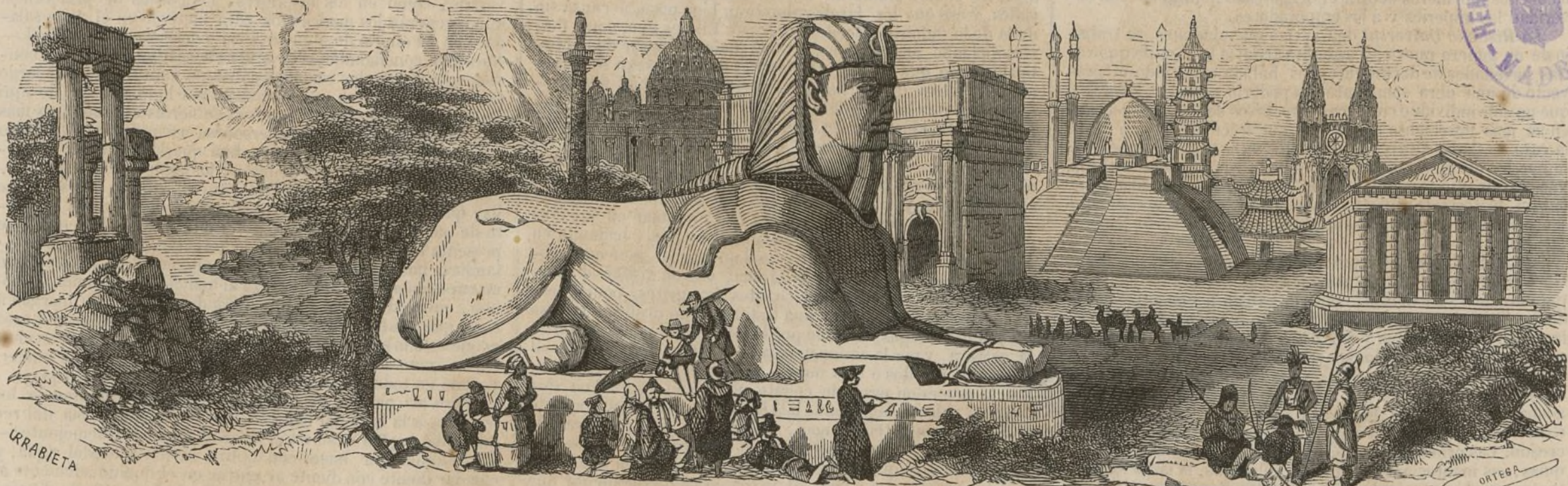


EL UNIVERSO PINTORESCO,

PERIÓDICO QUINCENAL.

15. JUNIO, 1855.



Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: libreria española, de Mellado, rue Pavée St. Andrée, núm. 3.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Apuntes biográficos acerca de César Cantú, por don Salvador Costanzo.—Poesías satíricas inéditas, epístola del sabio y segundo Francisco de Torres.—Proclama de Atila, por don J. A. Bermejo.—La Poetisa, por don Luis M. de Larra.—Del arte y los artistas en España, Murillo.—Una cacería de osos en los Alpes del Tirol.—Variedades.—Miri-Adi-Giaffer, novela oriental, por don Francisco Sepúlveda.

GRABADOS. Retrato y fac-símil de César Cantú.—Concepción de Murillo.—San Pedro, de Murillo.—Vucita de una cacería de osos en el Tirol.

Apuntes biográficos acerca de César Cantú (1).

Habiendo llegado á conocer los pueblos antiguos que la humana inteligencia, en sus arranques sublimes y en el desarrollo de su inmensa fuerza, lleva el timbre del destello divino del Hacedor Supremo, creyeron que el nacimiento de los hombres extraordinarios, destinados á ejercer una gran influencia en la historia de la humanidad, era siempre precedido de prodigios precursores de su carácter y de los acontecimientos mas notables de su vida. Si se hablaba de un héroe ó de un valeroso guerrero, sus biógrafos aseguraban que su madre en cinta había visto en sus sueños batallas, pueblos subyugados, turbas de esclavos encadenados, y á Marte ó Belona en toda su pompa triunfadora. Si se hablaba de un orador ó de un poeta, sus panegiristas afirmaban, que su cuna se había visto rodeada de abejas, que derribaban miel en los labios del recién nacido. Si se hablaba de algun célebre legislador, se decía que una divinidad le había dictado las leyes, que había promulgado y hecho adoptar á sus conciudadanos. Plutarco, Suetonio y otros biógrafos de nota han atestado sus páginas de prodigios semejantes. Los escritores modernos, que han desterrado las fábulas y las tradiciones propias de la ignorancia, de una superstición grosera y de las preocupaciones populares, han atribuido con mucho acierto los hechos mas importantes y las concepciones elevadas de los varones ilustres, á la influencia que han ejercido en ellos una educación esmerada, las primeras impresiones que han recibido, la índole de sus estudios, su firme voluntad, y las circunstancias que los han impulsado á detenerse en su curso. Este método filosófico adoptado para describir la vida y los hechos de los varones preclaros, que han descollado en la larga serie de muchos siglos, y de otros que florecen en estos tiempos, han convertido las biografías en otros tantos cuadros históricos; los cuales, lejos de limitarse al estrecho círculo de unos pocos acontecimientos parciales, á noticias de escaso interés y á narraciones de hechos individuales, abrazan una época entera, que se extiende tal vez hasta las generaciones mas remotas. Las vidas de Pitt, de Canning, de Palmerston no se pueden separar hoy de la historia política y comercial de Inglaterra; la vida de Kaunitz y de Metternich son el cuadro mas fiel del gabinete austriaco bajo los reinados de María Teresa, de José, su hijo, y de Francisco II. Las biografías de Carlos III, Campomanes y el conde de Aranda son el rasgo mas acabado del lustre de la monarquía española en el siglo pasado; las de Franklin y Washington el episodio mas brillante de la independencia americana. Si queremos pasar del terreno de la política á la palestra literaria, en la vida de Bayle y en su gran diccionario vemos simbolizados el escepticismo destructor de todas las creencias mas augustas; en la vida de Voltaire se nos presenta la irreligión y la mofa precursoras del gran cataclismo social que debía sacudir hasta en sus cimientos la Europa entera; las

biografías de Bonald y de Maistre son el cuadro mas fiel de la restauración y reacción monárquica, y la de César Cantú nos despliega á la vista el espectáculo de una nueva época que, atesorando las tradiciones históricas de lo pasado, desenvolviendo los misterios de los siglos mas tenebrosos, y acudiendo á los progresos de todas las ciencias, pretende reedificar el grande edificio de las generaciones futuras con los ejemplos magníficos de la humanidad.

CÉSAR CANTÚ nació en Milan el año 1805, y apenas adulto, las tradiciones muy recientes de una gran revolución, los desmanes de la vida política de los hombres que la habían dirigido con poco acierto y mucha crueldad, los escombros de



Cesare Cantù

un imperio colosal, que habían destruido príncipes, que en la embriaguez de su victoria se mostraban adversos al espíritu de reforma, los últimos suspiros de una filosofía materialista, los restos de la prostitución imperial y de la idolatría anárquica, y finalmente, su vasta capacidad y sus profundos estudios, le dieron á comprender que la sociedad en que vivía necesitaba un genio que intentase restaurarla, indicándole una nueva senda, no con teorías abstractas, sino con ejemplos brillantes muy propios para evidenciar que preside á los acontecimientos humanos un ser providencial, que sujeta á los hombres á su fallo, ya vertiendo la copa de su ira, ya inspirando ideas benéficas y regeneradoras.

CÉSAR CANTÚ concibió la idea de escribir una nueva His-

toria Universal en el primer abril de sus años, como lo manifestó repetidas veces á varios de sus amigos; pero antes de emprender la publicación de una obra tan inmensa, que debía costarle largos desvelos é investigaciones profundas, quiso darse á conocer en la república de las letras con otras producciones, que podemos comparar á los primeros rayos de la aurora, cuando con su cabellera ceñida de flores y bañada de suave rocío, abre las puertas del Oriente al astro alumbador del mundo, próximo á presentarse en toda su gala. Los talentos precoces de CÉSAR CANTÚ lo hicieron elegir profesor de literatura en Sondrio, en la Valtelina; y su primera obra, que publicó en el año de 1829, fue una novela en cuatro cantos, titulada: *El Aliso*. Su elegancia, sus ideas suaves con cierto aire de novedad, la descripción de afectos delicados, manejados con maestría, llamaron sobremedera la atención de los lectores é hicieron cobrar fama á su autor. Poco despues dió á luz la *Historia de la ciudad y las diócesis de Como y de la revolución de la Valtelina*. Esta nueva producción, que es un verdadero episodio de la reforma en Italia, descubre ya el hombre dotado de un genio superior, que mira la historia como un conjunto de hechos, que tienen entre sí una conexión filosófica y causas muy profundas, que se ocultan á los espíritus superficiales. Sus discursos sobre la *Historia lombarda*, destinados á servir de comentario á los *Prometidos esposos* de Manzoni, contienen un crecido número de hechos curiosos, importantes y peregrinos, acompañados de reflexiones muy sensatas, que dan margen á otras mas serias y sustanciales. Los doctos, que comprendieron el mucho interés de aquel libro, lo acogieron con entusiasmo, y sus ediciones se multiplicaron sobremedera. La *Biblioteca italiana*, periódico de gran nombradía en la culta Europa, porque figuraban en sus páginas los nombres y trabajos inmortales de Monti, los dos Sacchi, Foscolo, Malacarne, Nobili, Antenor y otros sabios, contó tambien en el número de sus colaboradores á CÉSAR CANTÚ; el cual se distinguió por la erudición, la refinada crítica y variedad de sus artículos, entre los cuales merecen un puesto preferente las *Reflexiones sobre el romanticismo en Francia y Victor Hugo*. La *Margarita Pusterla*, aunque tiene un mérito sólido y se diferencia mucho de las novelas insustanciales que suelen publicarse diariamente allende los Pirineos, no pueden competir con los *Prometidos esposos* de Manzoni, producción tal vez única en su género, ni con el *Marco Visconti* de Tomás Grossi, que á la elegancia une aquella sencillez y espontaneidad, que dan brillo y gracia al novelista. Las traducciones italianas que ha hecho César Cantú del *Viage á Oriente* de Mr. Lamartine y de los *Arabes en España* de Marlé, lo hacen tambien acreedor á ocupar un puesto muy distinguido entre los traductores de nota. Sus *Lecturas juveniles* y sus *Himnos Sagrados* tienen espansion de afectos y delicadeza; pero tanto las primeras como los segundos, son producciones de un orden inferior á las que acabamos de mencionar. Despues de que Alejandro Manzoni y el abate José Borghi elevaron hasta su cumbre este último género de poesía, debido en gran parte á los triunfos del catolicismo, en su larga lucha con la impiedad, es muy arriesgado bajar á la arena para pelear con estos dos atletas del Parnaso italiano, y vencerlos. Cantú ha sido mas afortunado en algunas de sus producciones poéticas de género festivo y delicado que se repiten por do quiera en la Península itálica. Pero á este elegante prosista é historiador filósofo ha sucedido lo propio que á Maquiavelo, que nadie hace memoria de sus poesías, porque su gran mérito como historiador y político las ha condenado al olvido.

El sabio, que tiene la plena convicción de su elevado ingenio, y que puede esclamar con Horacio y Dante «mi fama será duradera», satisfecho en su noble orgullo con dedicar sus estudios al bien de la humanidad, cooperando á su regeneración, no debe nunca rebajarse hasta mendigar los sufragios mezquinos de cualquiera corporación científica, cuyos diplomas sirven tan solo para engalanar la portada de un libro y deslumbrar al vulgo de los lectores. Sin embargo, CÉSAR CANTÚ tuvo la débil ambición de presentarse en la Academia de Milan para que sus socios le admitiesen en su gremio. Estos le rechazaron, y todos los sufragios, sin esceptuar ni siquiera

(1) Copiamos estos apuntes de la *Historia de Cien Años* traducida por don Salvador Costanzo, cuya obra forma parte de la colección de la BIBLIOTECA ESPAÑOLA; los pocos ejemplares que restan de la citada obra se venden en los mismos puntos donde se suscribe á este periódico.

Revista de Madrid.

uno, le fueron contrarios. Pero, mientras que aquellos académicos trabajaban bajo los auspicios del imperio austriaco, y se esforzaban en complacerle ó halagarle, CÉSAR CANTÚ en el silencio de su gabinete recorría los siglos, indagaba el primer origen de los pueblos y de las leyes, patrocinaba con su docta pluma los derechos de la humanidad, indicaba sus progresos, evidenciaba la influencia de las ciencias, de las letras y de las artes en el bienestar de las naciones, disipaba las tinieblas de la edad media, restituía á la tiara su lustre, embataba las armas emponzoñadas de una pseudo-filosofía, lanzaba dardos mortíferos contra el despotismo y juzgaba con severidad los imperios y á los emperadores.

La *Historia Universal* de CANTÚ á que aludimos, es trabajo de un género nuevo, y asombra todavía la idea de que varias sociedades de doctos europeos habían concebido el proyecto de una obra semejante sin poderlo ejecutar, mientras que un solo individuo con escasos recursos supo llevarla á cabo en su mas floreciente edad. Los que frecuentaban en Italia la casa de CÉSAR CANTÚ, repiten aun con estupor el haber visto que los documentos, los extractos y compendios de obras, y los varios apuntes, que habían servido de material á la inmortal historia de nuestro autor, ocupaban un grande aposento, encubriendo todas sus paredes desde el suelo hasta la bóveda.

«Cuando CÉSAR CANTÚ publicó la introducción de su *Historia Universal*, los doctos concibieron una alta idea del autor, pero algunos vaticinaron, como lo habían hecho otros cuando apareció el prospecto de la *Ciencia de la legislación* de Filangieri, que tan árdua y colosal tarea no llegaría á su término; pero salieron fallidos sus pronósticos, porque el genio de Italia con sus alas desplegadas vaga en la inmensidad de los espacios, arrojando las fieras amenazas del que intente acobardarle. En esta *Historia* y en la de *Cien Años*, CÉSAR CANTÚ se nos presenta como un gigante que abraza todo lo creado. Las primeras épocas del mundo, las antiguas monarquías, sus instituciones políticas y religiosas, la larga serie de tantas revoluciones, el nacimiento, los progresos y la decadencia de las varias naciones, su comercio, su industria, su literatura, sus descubrimientos, sus invenciones, forman el conjunto de estas dos obras inmortales y el cuadro mas maravilloso, en cuyo primer término figuran la idea sublime de la creación y el tipo de la humanidad entera.

Su estilo es nervioso y conciso, pero muchas veces oscuro; sus frases son muy elegantes, pero de vez en cuando confusas; su elocución es esmerada, pero abunda en arcaísmos; sus ideas políticas son profundas, y los retratos de los personajes mas ilustres muy acabados, pero frecuentemente se contenta tan solo con indicar los hechos mas importantes y peregrinos, suponiendo que los lectores están ya enterados de sus pormenores. Este defecto, que es el principal entre los pocos de que adolece CANTÚ, obliga algunas veces á que se le interprete. Sus conocimientos son enciclopédicos, pero desuella con especialidad en las ciencias filosóficas, políticas y morales, en la historia literaria de su país y en la metafísica y literatura alemanas, las cuales dan á su lenguaje y á sus juicios críticos algo de abstracto.

Entusiasta por la gloria de su patria, cuando Pío IX se acogió al pendo de las reformas, CÉSAR CANTÚ lo proclamó en el congreso científico de Venecia, *papa regenerador*, y sus esperanzas generosas que le hacían recorrer, con el vuelo de su imaginación, los siglos en que Roma sujetó á su poder el universo, lo hacían exclamar: «fuimos conquistadores del mundo, renovamos la libertad griega cuando la Europa entera estaba sumida en las tinieblas de la ignorancia y agobiada de cadenas, abrimos caminos nuevos á la humana sabiduría en la época del renacimiento, y seremos, tal vez, regeneradores en el siglo XIX.» Estas palabras, que desagradaron á algunos hombres del poder: estas palabras, que la desventura sofocó: estas palabras, que obligaron á CÉSAR CANTÚ á que emigrara de Lombardia, las conserva su patria grabadas en letras de oro para trasmitirlas á los venideros, que mas afortunados, tal vez, que sus padres, podrán verlas realizadas.

La estatura de CÉSAR CANTÚ es regular; sus facciones son agradables; sus miradas penetrantes descubren el genio pensador; sus modales son corteses y afables; su lenguaje familiar es elegante, sencillo y natural; su lógica mas bien sintética que analítica; su método de vida reconcentrado, su distracción ordinaria es la de conversar con un reducido número de amigos sensatos y eruditos. Su comida se distingue por lo frugal; dedica pocas horas al sueño y muchas á la meditación; su amor á las letras lo domina; su severidad literaria es excesiva, y su ambición de descollar entre los sabios no tiene límites. En sus amistades es tenaz y leal; escarnea á los ignorantes: sus chistes satíricos son profundos y punzantes, pero no personales ni directos; aborrece á los hombres ociosos, y da el epíteto de infames á los que no aman á su patria.

El que quiera tener un retrato mas acabado y enérgico del carácter de CANTÚ, de su vida privada, de sus ideas políticas y sociales, de sus chistes, de algunas frases suyas peculiares, y de su lenguaje de vez en cuando enigmático, puede encontrarlo todo reunido en una novela popular escrita por el mismo y dedicada á los milaneses, con el título de *Carlabrogio di Montevecchia*.

En este libro de pocas paginas se ha pintado á sí mismo con incomparable viveza de colores, y ha realizado aquella sentencia profunda de Hugo Foscolo, de «que la vida privada y pública de los varones ilustres y autores preclaros, es menester buscarla en sus hechos y en las obras mas sencillas que salen de su pluma, cuyas cifras tienen una fuerza y una verdad, que vencen el cincel de Praxiteles y deslucen los retratos mas expresivos de Apéles.

La Italia oprimida y desmoronada, la Italia que derrama todavía amargas lágrimas sobre la fria losa que cubre los despojos de Vicente Gioberti, el hilo de cuya vida preciosa cortó la muerte con su fatal guadaña en una edad prematura, la Italia puede á lo menos encontrar alivio á sus pesares, fijando sus tristes miradas en CÉSAR CANTÚ, que perpetúa sus glorias literarias, y exclamando con el inmortal CANTOR de la Jerusalén libertada, abrumado de miserias por la envidia de sus rivales, «me queda aun el GENIO, que es don de Dios, y mientras que el no me lo quite, este don será siempre mio.»

SALVADOR COSTANZO.

Si no tuviéramos á la vista nuestro calendario, el cual nos dice que estamos á 15 de junio, podríamos creer de dos meses á esta parte, ó que, saltando á pies juntillas por encima del verano, habíamos llegado á fines de octubre, ó bien que nuestro sol, aquel sol que tanto nos envidiaban antiguamente los cejjuntos é hipocondríacos habitantes de Lóndres, se había estinguido como tantos otros astros luminosos de Madrid, los cuales alumbran menos aun que los faroles de las calles, y eso que los faroles alumbran bien poco, á causa sin duda de la indole del aceite municipal. Ello es que, como íbamos diciendo, nos hallamos á 15 de junio, y á pesar de la obstinación con que las individualidades del bello sexo se empeñan en vestirse de un *chiné*, un *barege*, un *jaconá* mas frescos que lo que la atmósfera manda, á pesar tambien de que algunos individuos del sexo contrario se lanzan por esas calles de Dios á guisa de quien va trayendo al verano por los cabezones, la verdad es que hay noches en que la humanidad madrileña se sopla las uñas de frio, y dias y noches en que con paraguas y sin él regresa uno á su casa hecho una sopa.

Llegó el día de San Isidro, esa fiesta popular en que medio Madrid solía solazarse comiendo, bebiendo y bailando en la pradera, y gracias á la lluvia, solamente las personas mas aguerridas en el jolgorio y la broma, osaron visitar al santo en su ermita y apurar unos cuantos frasquettes, poniéndose en cambio de lodo, hechos una lástima; llegó despues la festividad del Corpus, notable por la procesion, por el paseo de la carrera, y por la circunstancia de que en semejante dia se suele fijar por dos ó tres meses la inconstancia de la moda, y ni la procesion pasó de conato porque un chaparron decente la obligó á replegarse á la iglesia, ni el entronizamiento de la moda pudo tener lugar, porque las proclamadoras de ella temieron, y con razon, que se empaparan sus trages, y este temor hizo que se presentaran convertidas en unas verdaderas fachas. Asi y todo, el paseo se agnó igualmente que la procesion, y era de ver como iban nuestras hermosas por esas calles, desacreditándose unas en punto á limpieza por no mancharse, y ganando otras por la escelencia de sus bajos, el terreno que pudieran perder en el extremo opuesto, ya fuese á causa de que la naturaleza no siempre es pródiga, ó ya porque la mano inexorable del tiempo hubiese hecho de las suyas. El chaparron que dió con el paseo al traste, nos convenció, sin embargo, de que las botitas para los pies femeninos continúan en boga, y que estas no se llevan ni cortas ni largas; la caña de ellas concluye precisamente donde empieza el anzuelo.

Pero si un llover tan eterno y sempiterno trae amotinadas á la mayor parte de las gentes de la corte, incluidas las cosecheras que por esta vez ¡oh prodigio! se manifestaban ya hartas de agua, en cambio ha venido de perilla á las dos ó tres empresas de teatros que se han mantenido firmes, y esto justifica el refrán de que no hay mal que por bien no venga. Por eso en la *Cruz* y en el *Instituto* ha habido entradas con que los empresarios no hubieran podido contar en dias serenos, y por eso el *Circo* nos ha venido embobando con un *Don Simplicio Bobadilla*, bobo y simple en grado heroico y eminente, y con un *Alcalde de Tronchon*, capaz de tronchar al espectador mas benigno, y eso que los hay estos dias como malvas en el teatro de la plazuela del Rey.

Es indudable que cuando la lluvia ó el granizo, poniéndose de parte de los directores de teatros, afligen al publico madrileño, se entregan aquellos á la mas loca alegría, y suelen manifestarla restregándose las manos de gusto. En casos semejantes los buenos de los directores suelen ser asaz peligrosos, en razon á que, irritados por la impaciencia, y la incertidumbre, lanzan los *remediones* con una fruición y una frescura deleznales, vengándose de esta manera del publico, el cual, segun ellos presumen, no acude á la representación sino á regañadientes y por no saber á donde matar el tiempo; verdad es que estas venganzas pudieran producir larga cosecha de silbidos; pero ¡que demonio! para silbar es preciso ir al teatro, y como el que silba, paga, bien puede perdonarse el bollo por el coscorron.

En el *Circo*, sin embargo, se trata de que concluya la temporada con alguna cosa de provecho, y á este fin se está ensayando una zarzuela lindísima en un acto, titulada *El Grumete*, la cual, así literaria como musicalmente, es digna de la reputación que tienen sus autores el señor *García Gutiérrez* y el maestro *ARRIETA*. Con ella, el teatro de la plazuela del Rey, que en un tiempo fué el teatro de la coquetería sentimental, y que ahora lo es de la coquetería franca y risueña, pero culta al propio tiempo, podrá desengrasar de las *bobadas*, *simpladas* y *alcaldadas* que ha perpetrado en estas semanas ultimas, y se despedirá de una manera que nos haga concebir fundadas esperanzas, de que se propone progresar por el buen camino en el año próximo.

Al presente que entre nuestros poetas y nuestros músicos ha empezado á sentirse una saludable emulacion, bastante por sí sola para producir ubérrimos frutos; hoy que unos y otros se encuentran animados de un deseo vehemente de ensanchar el círculo de sus ideas en el nuevo campo abierto á sus inspiraciones, conviene mas que nunca cerrar la puerta del coliseo del *Circo* á las monstruosidades musicales y literarias que solían tocar á ella, cuando esta clase de espectáculo estaba en mantillas y tendía únicamente á llamar la atención por lo grotesco.

La *zarzuela*, lo mismo respecto á la música que respecto á la literatura, está destinada tal vez entre nosotros á resucitar el carácter de originalidad que íbamos perdiendo, y ciertamente que semejante resurrección no debe ser considerada con indiferencia en la patria de Lope de Vega, Calderón, Rojas, y tantos otros ingenios ilustres, ni en el país donde se oyen playeras, zorricos, y otros cantos nacionales cuya deliciosa armonía arrebatara igualmente á propios y extraños. En nuestro repertorio dramático moderno figuran nombres que garantizan la posibilidad de la elevación de la zarzuela, y el *Dominó Azul*, el *Valle de Andorra*, y *Jugar con Fuego*, nos han revelado que tenemos compositores de capacidad suficiente para explotar nuestros tesoros musicales, y quien sabe si hasta para crear escuela. Haya, pues, constancia, conciencia y ánimo, y al *avio*: *sic itur ad astra*.

El tiempo, el detestable tiempo que viene remojando á la capital de la monarquía hace dos meses, es tambien la causa única de que el mundo elegante no haya empezado ya á dar

tumbos y vuelcos por esos caminos; pero es de creer que no tardará en hacerse sentir el movimiento, en razon á que nos hallamos á mediados de junio, y sabido es que la temporada de los baños de mar comienza en junio para concluir en setiembre. Durante este periodo, las gentes de Madrid, por poco desahogadas que se encuentren, financieramente hablando, se despeitan por ir á zambullirse en las olas, ó bien á sulfurarse en las pilas de Santa Agueda ó Arechavaleta, bajo pretexto de recobrar la salud unos, y realmente otros para combatir añejos alifafes.—San Sebastian, Deva Biarritz, y algunos otros pueblos de la costa de Cantabria, serán en este verano, como en los anteriores, los puntos de preferencia que escogerán los madrileños para meterse en el agua salada, con el objeto de atender á su conservación personal.—Nuestros conciudadanos de ambos sexos han llegado á convencerse de que las carnes saladas se conservan mas largo tiempo que las otras, y es seguro, por lo tanto, que de aquí á algunos dias las playas se verán cubiertas de *amateurs* mas ó menos cuidadosos de sus personas, así en lo interior como esteriormente. Los madrileños han querido estender la elegancia hasta á los trages de baño, los cuales en el sexo masculino deberían ser de una ligereza casi salvaje, y así es que hay quien envuelve su individualidad en un saco con el objeto de ocultar los caprichos de la naturaleza, hay quien se presenta hecho un San Isidro, y hay tambien, quien pres-tándose buenamente á que sus compañeros de baño tengan un curso de *osteología*, se lanza al mar con un pantalon de mahon, merced al cual y á lo magro de su fisico, da margen á creer que tambien se bañan los espectros. Lo mejor del caso es que esto lo hacen porque desean ser vistos y producir su efecto, en razon á que allí abunda como en todas partes la muger, y como en todas partes es el mas bello ornato de la playa.

Pero así piensan las pobres mugeres en ocuparse de los hombres á la hora del baño, como en la hidrofobia del rey que rabió.—Para eso están ellas en momento semejante!—Harto tienen que hacer con chillar al contacto del agua, y con dar diente con diente al entrar en el liquido elemento al abrigo de las aletas protectoras de los bañeros, ó sea de esos tritones privilegiados que tienen la fortuna de no ejercer su estado social en Turquía. ¡Fresco está el Adonis que aguarde una mirada de su Venus, cuando la haga tiritar la frialdad del agua!... Pero felizmente este no es el elemento de aquellas Náyades interinas, y como vuelven pronto á su estado de mugeres, y curiosean entonces que es una bendición de Dios, gracias á la curiosidad, puede aprovecharse el tiempo.

Ni un baile, ni una boda, ni un duelo, ni siquiera una escapatoria de la casa conyugal ó paterna tenemos que contar á nuestros lectores. Quisiéramos saber que demonios hacen ó en qué diablos piensan los habitantes de la coronada villa, cuando ni bailan, ni se casan, ni se baten, ni emprenden aventura alguna que sirva de pasto á la maledicencia. Y luego haga vd. una *Revista de Madrid*, y amenicela como Dios le da que entender, sopena de que el bevéolo suscriptor se entregue al sueño, y no despierte en la época de renovación de suscripciones! ¡Si por lo menos fuera uno minero ó hombre político! Esta sería la manera única de ganar honra y provecho, como lo ganan por ahí mas de cuatro badulaques, que con la política tienen una mina, y con las minas una política muy á propósito para despedetar al lucero del alba.

Y si abandonando á Madrid, que en honor de la verdad no está muy divertido que digamos, hacemos un viagecito á Aranjuez en busca de materiales, encontraremos que contar á nuestros lectores. Quisiéramos saber que demonios hacen ó en qué diablos piensan los habitantes de la coronada villa, cuando ni bailan, ni se casan, ni se baten, ni emprenden aventura alguna que sirva de pasto á la maledicencia. Y luego haga vd. una *Revista de Madrid*, y amenicela como Dios le da que entender, sopena de que el bevéolo suscriptor se entregue al sueño, y no despierte en la época de renovación de suscripciones! ¡Si por lo menos fuera uno minero ó hombre político! Esta sería la manera única de ganar honra y provecho, como lo ganan por ahí mas de cuatro badulaques, que con la política tienen una mina, y con las minas una política muy á propósito para despedetar al lucero del alba.

Entretanto, y una vez que el tiempo empieza á hacer bonanza, aprovechémosle en ir á dar una vuelta á San Antonio de la Florida, de cuya verbena, así como de las de San Juan y San Pedro, nos ocuparemos en la Revista próxima.

ESTEBAN GARRIDO.

Poesías satíricas inéditas.

EPÍSTOLA DEL SABIO Y FECUNDO FRANCISCO DE TORRES, MERITISIMO POETA DEL SENADO TOLEDANO Á LUIS HURTADO DE TOLEDO, SOBRE EL HOSPITAL DE NECIOS, Y LA RESPUESTA QUE Á ELLA LE DIÓ LUIS HURTADO (1).

Otro de necio verán
que presume de avisado
de discreto y de galán
porque á Diana y Boscan
cuatro veces ha pasado:
luego escribe y se enamora
de allá de una reina mora
mil comedias ordenando
donde sale lamentando
el pastor por la pastora.

Hay otro deudo y pariente
del tordo y del papagayo
que dice *mayo* la gente
y el lo aprende fácilmente
sin saber que cosa es *mayo*:
si dicen hazañas claras
rarísimas y preclaras
sin notar su fundamento

(1) Debemos á la buena amistad de nuestro apreciable colaborador el señor Neira de Mosquera la inserción de estas dos composiciones poéticas que constituyen el epílogo del festivo *Hospital de necios* que se encuentra en la obra titulada *Las trescientas de Luis de Hurtado, poeta castellano en defensa de ilustres mugeres*, etc. (M. correspondiente á 1582). Nos damos el parabien al publicar ambas poesías satíricas inéditas, porque reprenen la vanidad y la pedantería, como vicios ya dignos de censura pública en el siglo XVI. Esperamos que no será esta la última vez que el señor Neira de Mosquera nos favorezca con sus investigaciones bibliográficas.

si en berzas trata, al momento dice que son berzas raras.

Otro á damas y á doncellas mil coplas cuenta á deshora y por mas encarecellas dice saben que en hacellas no estuvo por Dios un hora, y Homero con su saber le pudiera responder no son grandes maravillas porque de tales coplillas cien mil se pueden hacer.

Verán otro zapatero que conoce solo el mosto entre las hormas y el cuero presumir el majadero de enmendar al Ariosto, y otro que por bizzaria nunca deja en todo el dia un Petrarca de la mano y el necio sabe el toscano como yo el algarabía.

Hay otro que en condiciones al mismo topo parece, y come pan y bretones por dejar muchos doblones á quien no se lo agradece, y este tal es comparado al asno que va cargado de mil preciosos manjares y come en los muladares un cardo seco y pisado.

Otro necio hallo yo que si cuenta á alguna gente un caso que nunca oyó dice: á mi me sucedió y al conde de Benavente; y otro de ingenio grosero que vende un cuento casero por nuevo recién sacado y es el cuento mas contado que moneda de escudero.

Otro médico inocente en necedad graduado suele matar al doliente y decir perpetuamente que murió de mal reglado, y aunque Dios por los humanos desterrase por sus manos del mundo la enfermedad, bastaba su necedad á matar todos los sanos.

Otro presume valer con dueñas y con doncellas por el cantar y tañer y tal modo de placer aborrecen todas ellas; ya no quieren acciones villanescas, ni canciones vihuelas, harpas ni coro, que es la música del oro el Dios de sus corazones.

Otro da coplas en plana como un galán indiscreto que á una dama cortesana le daba cada mañana dos reales y un soneto y ella dijo al majadero con un amor lisongero. —mi alma, por vida mia que me traigas cada dia todo el soneto en dinero.

Otro piensa con simpleza quemándose en vivas llamas que por sola su belleza discrecion y gentileza se mueren todas las damas, y son vanas presunciones que á Narcisos ni Absalones en no dando llaman feos y hermosos los guineos como caigan con doblones.

Hay otros necios ufanos pesados muy mas que el plomo que de puro cortesanos de aquesta casa y hermanos pueden ser los mayordomos; con otros de autoridad letras, mando y gravedad que pueden segun la ley, dar como en tabla de rey todo el año, necedad.

Hay otra gente parlara que de pesada si empieza con media palabra entera hacer basta una riqueza por la oreja en la cabeza; y otros de antiguo abolorio consules de consistorio que suelen por discreciones deciros en dos razones tres necedades al óleo.

Hay otros, que yo me acabo de ver su poca cordura, que es su hablar tan sin cabo que por dar una en el clavo dan ciento en la herradura; y otros que van por la via del Garellano y Pavia y con este desatino

están hechos de contino relojes de medio dia.

A otra torpe nacion que con su poco saber, si tratan de discrecion, preguntan con presuncion que si es cosa de comer con otra gente profana que es llamada cortesana de las salas de París y al cabo como decís son necios, tintos en lana.

Otros con su vanidad *plus ultra* dicen por sí y ellos dicen la verdad que su mucha necedad no puede pasar de allí: con otra grave caterva altiva dura y superba que á sus damas estos tales, dan en lugar de reales necedades en conserva.

Y otros, que es Dios testigo que el mas sabio hallo yo, que podrán decir conmigo, majadero sois, amigo, no mereceis culpa, no: con otros pesquedores de avisos y de primores, y puédenles preguntar, que cómo puede juzgar el ciego de las colores.

Y en suma, son tan sin cuento los enfermos deste mal, que halla mi entendimiento que el mundo es pequeño asiento para tan grande hospital; que nadie escapa de aqui, y el que mas mira por sí con mayor curiosidad, arroja una necedad de las mas lindas que vi.

En fin, hizo vuestra mano lo que no pudo hacer Mida, Tiberio y Trajano, ni el monarca Octaviano con su riqueza y poder, que hay tantos necios y bobas de manto, capas y lobsas, que ningun Cesar podia mantener un solo dia á los medios de algarrobas.

Quien viese en vuestro hospital venir á curarse á él tanto ilustre principal enfermo de aqueste mal que es milagro sanar de él, y note vuestra cordura que fué una sombra ó figura de aqueste mal grave y fiero quien dijo: y canto primero el mal que no tiene cura.

Que antes veremos volar escuadras de cuervos blancos, y antes veremos sanar de su mancilla y pesar los ciegos, cojos y mancos, y antes á la buitre fiera que es continuo carnícera á la mollera de Ticio, dejara su antiguo oficio de llorosa y lastimera.

Y antes podrá, señor cura (1), con facilidad cualquiera tallar en la piedra dura una hermosa figura así como en blanda cera, y antes verán los iberos á los corcillos ligeros apacentarse del viento, y antes al hombre avariento verán harto de dineros,

Y aun del manzano y su fuente podrá Tántalo gozar, antes que ningun doliente de aqueste grave accidente pueda el médico sanar: mirad, dice el buen Ursino, dónde llega el desatino de la simple necedad, que su propia sanidad aborrece de contino.

Otro letrado tudesco tratando desto que hablo, dijo, á probar yo me ofrezco que tienen gran parentesco la necedad y el diablo; por la cual fué desterrado aquel ángel obstinado con armas, fuerza y destreza de aquella suprema alteza donde el triste fué criado.

Que si quiso con sus manos cubierto de duras mallas, con los nobles ciudadanos de los reinos soberanos trabar á viles batallas: si viendo su perdimiento

tuviera arrepentimiento de haber á Dios enojado, fuera luego perdonado volviendo á su alojamiento.

Mas esto jamás será como predicaste vos, que el no se arrepentirá ni Dios le perdonará mientras que Dios fuere Dios; á donde podeis notar que vive en llanto y pesar por ser necio porfiado, perdiendo el desventurado lo que yo pienso gozar.

Tal un necio afirmará mil necedades de amor, y no lo confesará porque primero querrá ser mártir que confesor; viénesse desto á hacer en necedad bachiller, que es el grado que le cabe, y así pensando que sabe nunca procura saber.

Bocacio trata en un cuento que son los necios profanos, corma del entendimiento, garrucha para tormento de los sabios cortesanos; y dice viendo sus precios, sus burlas y menosprecios, —pues los discretos son pocos,— máteme Dios entre locos y no viva yo entre necios.

Pues viendo yo, señor cura, ques sin cura este accidente, pregunto á vuestra cordura si ha sanado por ventura deste mal algun doliente, y *ultra* desto saber quiero qué rentas ó qué dinero bastan para este hospital, donde curais deste mal tanto necio y majadero:

Y el discreto cada día por el bien que desto cobra os rece una letanía, porque el Hijo de María os pague tan buena obra, y quedando confiado buen poeta laureado, que con vuestra discrecion de todo dareis razon: vale, sabio Luis Hurtado.

(Se concluirá.)

Del arte y los artistas en España.

MURILLO.

El mundo artístico tiene que resolver un gran problema: se pregunta si el arte existe en España; si existe esa manifestacion de nuestra vida interior, la revelacion de las misteriosas armonías que brotan constantemente sobre la superficie del mundo. El arte es un reflejo constante del hombre, que cambia cuando cambian las épocas y las generaciones, encarna en nuestro presente todas las modificaciones políticas y sociales de otros tiempos... por último, el arte marcha con la humanidad. Llorá con la caída de los soberanos, celebra los triunfos de los imperios, preconiza la libertad si el pueblo la goza, indica la esclavitud si el pueblo gime, es la espresion de la virtud y de la inteligencia, y evoca y eterniza á los que han sucumbido gloriosamente en los campos de batalla. El arte es el corazon de todas las sociedades; el arte tiene un lenguaje esclusivo para hacerse comprender de todas las inteligencias.

Ahora preguntemos, despues de lo manifestado, si el arte en España cumple con esta mision, si lleva á cabo con la energia que corresponde tan saludable propósito. Nuestros mejores artistas son las mas veces, ora tímidos, ora desconciados; su inspiracion es la historia, reproducen las inmortales creaciones de los tiempos clásicos. ¿Cuál es en la España contemporánea el pintor de su época? ¿Dónde está el pintor filósofo, inteligente, reflexivo que se constituye en eco de nuestros infortunios ó de nuestras felicidades, en consolador de nuestras penas, en cronista de nuestros desengaños? La fe va ya casi desapareciendo del alma del artista; una funesta tiniebla oscurece nuestra inteligencia y apaga, evapora nuestras creencias. El indiferentismo es el sistema que constituye el arte moderno en España.

¿Por qué los artistas, en quienes debemos suponer con justicia mas sensibilidad, han de ser hoy los que menos se preocupen de los ayes doloridos, ni de los placres risueños del pueblo que los rodea? El verdadero artista es el que reproduce con exactitud la vida del mundo que habitamos, porque reproducir simplemente la naturaleza, no es lo que debe llamarse arte. ¿Podrá llamarse arte volver á pintar lo pintado, ó acomodarse á la manera establecida por otros?

La mayor parte de nuestras pinturas, hablan mas á los ojos que al corazon; se ven en ellas mas efectos de ejecucion que de invencion. En una palabra: el arte no existe en España. Recurramos á la historia del arte para saber si ha existido algun dia.

Los tiempos medios en los que dominaba un espíritu religioso y caballeresco, fueron un manantial inagotable para la pintura; pasemos, pues, al renacimiento que feneció con la casa austriaca.

La reforma introdujo la duda en nuestras santas creencias; la razon quiso declararse dominadora de la fe, la ciencia sostuvo una lucha sangrienta con la religion, declamóse contra el culto exterior, y sin embargo, puede afirmarse que no por esto sucumbió el cristianismo, aun cuando quedó un tanto amortiguado, especialmente en España. Por eso nuestros artistas no abandonaron sus asuntos místicos; estampa-

(1) Luis Hurtado de Toledo era sacerdote.

ron en sus lienzos los misterios de la Divinidad, las mas sentidas escenas del Evangelio, y he aqui de qué manera fueron los leales intérpretes de los sentimientos de su época, traduciendo su vida interior, y mereciendo por ello el nombre de artistas. En suma, pertenecieron a su época.

Si un pintor se consagra a la historia de su tiempo, ya puede ser calificado con el título de artista de su época, porque estampará los hechos que ilustraron el tiempo de su monarquía. Se verá en sus cuadros históricos, el reflejo fiel de las acciones mas brillantes de aquel período. Es necesario que viva en lo presente para que los grandes sucesos de su época queden para siempre consignados en el lienzo.

¿Quién, sino el gran Velazquez con su genio estampó en sus cuadros las ideas de su siglo? ¿Quién no ve a este inmortal creador escribiendo con los pinceles la historia, el reinado de Felipe IV? Sus obras son el mas verídico testimonio de lo que apuntamos.

La fe religiosa de su siglo, aparece en su Jesus enclavado, en esa imagen sacrosanta, vivo reflejo de las ideas cristianas de su tiempo; en esta obra se ve tambien el entusiasmo del artista, y cuenta que Velazquez era mas dado a los asuntos profanos que a los místicos. ¿Dejó Velazquez de consignar en sus telas las costumbres de aquella decadente y disipada monarquía? No; vease, examínese el cuadro de las *Meninas*; allí veremos a la familia del monarca, a los enanos y a las enanas que divierten a la infanta Margarita; la trivialidad de la época, no puede hallar mejor intérprete.... Velazquez vivía con su siglo.

El cuadro conocido con el nombre de *Las lanzas*, es otra página histórica de su tiempo; el de *Lashilanderas* simboliza al pueblo humilde de su tiempo. No nos cansaremos de repetir, que nuestros pintores de los siglos XVI y XVII, fueron artistas.

Después de haber hablado de Velazquez, ¿qué diremos de Murillo? ¿Escribió tambien este pintor la historia de su época?... Ociosa es la confirmación. Todos sus cuadros pertenecen a asuntos religiosos en los cuales dejó estampada la creencia de su tiempo. Pintor de extraordinario mérito, pintor de genio sobresaliente, inspirado siempre, mas para los asuntos religiosos que para los profanos. Murillo dió a sus pinturas sagradas toda la poesía que tiene el cristianismo. Las caras de sus vírgenes, no pertenecen a esas mugeres vulgares terrestres que han servido de modelo a otros artistas; Murillo miraba pocas veces al natural para pintar esta clase de fisonomías.

Ningun pintor sobresalió tanto como Murillo en la entonación de los cielos. Examinemos el cuadro de San Antonio que está en la capilla bautismal de la catedral de Sevilla. Sepárennos de la gran figura de San Antonio, y fijemos la vista en los accesorios, en el fondo. Este fondo es un rompimiento de luz celestial entre cuyas nubes se ven esparcidos muchos ángeles, que constituye la cohorte del niño Dios que desciende de los cielos para visitar al santo. ¿Dónde hay mas transparencia que en esta gloria? Ningun pintor, como no tenga un genio especial, puede dar una entonación mas divina y celeste.

La fama de Murillo ha sido universal; Murillo pintó mucho, porque segun revelan sus pinturas, este artista se detenía poco en sus cuadros; todos sus lienzos están trazados y pintados, como dicen los artistas, de primera intención, sin que por eso se los pueda llamar bosquejos. De aquí sin duda procede aquel ambiente misterioso que algunos confunden con la llamada veladura, de aquí procede tambien el que no se vean los contornos en las figuras de Murillo; aquella union de tintas diestramente combinadas para la forma de la redondez; aquel claro oscuro tan especial, tan fascinador, y aquel color tan seguro.

Las obras de Murillo han tenido gran precio en todas partes. Su estilo se ha confundido muchas veces con la escuela flamenca; pero puede asegurarse que su manera de pintar no es la flamenca, aun cuando de ella haya recibido las primeras impresiones; Murillo por lo tanto, tiene una escuela propia, suya, escuela que el se ha formado y que no dele a nadie.



Concepcion de la Virgen, copia del cuadro de Murillo.



San Pedro encadenado, copia del cuadro de Murillo.

Desgraciadamente en España es donde menos se aprecia a Murillo; todas las naciones le acatan, le veneran, y sus cuadros son deseados con afán, y se ofrecen cantidades inmensas por tener una obra suya.

Hace un año que se puso en venta la galería del mariscal Soult, que contaba, entre otros muchos cuadros, quince de Murillo, y la Europa entera se apresuró a entrar en la liza para comprar pinturas antiguas. Esto indica, que en todas partes, menos en España, hay un verdadero movimiento artístico. La galería del mariscal Soult, se componía casi exclusivamente de cuadros pertenecientes a la escuela española. Ningun particular ha reunido, ni reunirá probablemente, una colección tan numerosa ni tan importante. Para esto era necesario una circunstancia extraordinaria, tal como la guerra de la independencia, y que un hombre aficionado a pinturas, ejerciese en España un mando superior. Estos cuadros españoles fueron los frutos de sus victorias; cuadros cogidos, y no ofrecidos, como han querido asegurar los franceses.

Entre los cuadros de Murillo que poseía el mariscal Soult, se veían en primer término la *Concepcion de la Virgen*, y *San Pedro encadenado*. La Concepcion de la Virgen, pertenece hoy al Museo de París; esta pintura la compró el gobierno por valor de 2.461,200 rs. La compra de este cuadro ha impedido a los franceses adquirir otros del mismo autor, si no de tanto mérito como el de la Virgen, al menos de mas importancia para la historia del arte; esta es la razon porque los artistas franceses han declamado contra esta especie de subasta pública, contra un rasgo tan generoso, que ellos califican de caprichoso, y hasta han pretendido encontrar defectos, acaso en una de las primeras obras del pintor sevillano. Sin embargo, estas luchas, estas cuestiones artísticas, estos arranques, hijos del estímulo ó del orgullo, prueban, como antes dijimos, que hay en Francia movimiento artístico, al paso que en España no le hay. La historia del arte en Francia no ha muerto, y en España yace abismada en un profundo letargo.

En comprobación de lo que dejamos apuntado, y del aprecio que tienen nuestras pinturas fuera de España, vamos a insertar lo que dice un periódico inglés con fecha 15 de mayo del presente año.

«Ayer y anteayer, tercero y cuarto día de venta de los cuadros que componían la galería española del difunto rey Luis Felipe, acudió una concurrencia inmensa al sitio donde aquella se verificaba.

«El célebre cuadro de Velazquez, *La Adoracion de los pastores*, después de haber sido vivamente disputada su adquisición, fue adjudicado al representante del Museo del Louvre en la suma de 51,250 francos.

«De los demas cuadros extractaremos aquellos que han sido estimados en mas alto precio:

«*Retrato de don Andrés de Andrade, pendonero de la catedral de Toledo*, pintado por Murillo, 25,500 francos. *La Magdalena*, del mismo, 21,000 id. *San Agustín en Hipona*, del mismo, 17,000 id. *Retrato de Murillo*, por el mismo, 40,500 id. *Retrato de Isabel de Borbon, hija mayor de Enrique IV*, pintado por Velazquez, 7,500 id. *El Salvador*, de Murillo, 6,250 id. *La burra de Balaam*, de Alonso Cano, 6,000 id.

«A estos han seguido otros cuadros de diversos autores, cuyos precios han variado desde 3,500 francos a 1,000.»

Pero abrigamos la esperanza de que el genio de la pintura vuelva a renacer en España; la presente juventud, estudia, ve, compara, y llamará en su auxilio al arte. Evoquemos las sombras de los grandes artistas. «Corramos a levantar la losa que cubre su sepulcro, porque ellos son los verdaderos artistas.» Terminaremos diciendo, que si los artistas contemporáneos pintan lo presente, eternamente serán reconocidos como artistas del siglo XIX. Delante de nuestra juventud artística hay un mundo encantador que derrama torrentes de poesía; si se acercan llenos de fe en el porvenir, harán que broten lozanas flores acariciadas por un sol de veinte generaciones.

I. A. BERMEJO.

Una cacería de osos en los Alpes del Tirol.

No es solo la Rusia la que tiene el privilegio de la caza del oso. Como las elevadas cimas de los Pirineos y de los Alpes, presentan con muy corta diferencia el mismo clima y la misma naturaleza que las llanuras de la Moscovia, los osos viven también allí y aun prefieren aquellos sitios. Puede, pues, encontrarse en las regiones del Mediodía ese animal del Norte, el mas formidable, y sin embargo, el que mas diversion ofrece en su cacería a la vieja Europa.

Con un baston con contera de hierro, y un talegullo a la espalda, recorría un viajero, el verano último, la Suiza y el Tirol. Al llegar una hermosa mañana al pueblo de Ulten, encontró en movimiento a toda la población: el tambor tocaba llamada por las calles, y los hombres salían apresuradamente

co alimento, á nadie le ocurrió la idea de acometerle; pero cuando en la primavera se despertó con el apetito que produce una dieta de seis meses, se aproximó á las tierras cultivadas, sobre todo, desde que las mieses comenzaban á agostarse y cada vez iba creciendo mas su audacia. Veíasele con frecuencia, al caer la tarde, salir de su fortaleza, encaminarse a los collados cultivados, entrar sin temor en un campo de centeno ó avena, sentarse allí, como á una mesa bien servida y provista, y reuniendo con sus dos brazos un grande haz de espigas que se llevaba á la boca, engullirse lindamente los granos medio maduros. En cada uno de aquellos banquetes quedaba segaba media fanega de tierra.

Temiendo una interceptación completa de víveres, los habitantes de Ulten, resolvieron hacer una salida general contra aquel gloton Atila. Habían elegido por general en jefe de su ejército, á un viejo cazador de cabras monteses, encanecido en tan penoso ejercicio, y cuyas piernas comenzaban á flaquear con el peso de la edad, pero que todavía tenía la ma-

En cuanto el viejo Fritz formó su gente en batalla, colocando los tiradores á la cabeza y los ojeadores á la cola, la columna rompió la marcha, y el curioso viajero la siguió, para ver como concluía aquella belicosa expedición. Iban subiendo lentamente la pendiente, como hacen siempre los montañeses que conocen la necesidad de economizar sus fuerzas, y con mucho silencio, lo cual no se consigue en un ojeo de liebres, cuando ningún peligro preocupa el ánimo, ni hace reflexionar. Al llegar á la entrada de la garganta en donde el oso había abierto su madriguera, los cazadores hicieron alto para dividirse. Mientras que los ojeadores, desfilando uno á uno, iban á reconocer y cercar la parte mas baja del barranco, los tiradores se colocaban en la parte estrecha y superior, por la que el oso debía procurar escaparse para ganar los picos cubiertos de nieves perpétuas. El uno se ponía detrás del tronco de un viejo abeto, otro se metía en la hendidura de un peñasco, y en fin, cada cual trataba de ocultarse de las miradas del enemigo, proporcionándose al mismo tiempo un



Vuelta de una cacería de osos en el Tirol.

de sus casas, unos con la carabina al hombro, y otros ceñido el sable; los demás tenían cuando menos el agudo chuzó de los montañeses y todos vestían sus trajes de los días festivos, que por su hechura, la mezcla de sus colores, y su perfecta semejanza, parecían un uniforme militar. Al ver tal aparato, en un tiempo en que tan frecuentes y repentinas son las conmociones populares, creyó que un nuevo Andrés-Hofer volvía á comenzar contra la casa de Austria la sublevación de 1809 contra Napoleon. Pero todo aquel ruido y aparato guerrero no tenía un objeto tan elevado. Tratabase únicamente de desalojar de las inmediaciones á un vecino muy incómodo y peligroso. Un oso de grande corpulencia había fijado sus cuarteles de invierno, casi en la cima de la montaña que domina el pueblo de Ulten, en una garganta estrecha entre unos espesos abetos medio desarraigados por los vientos y las tempestades. Mientras permaneció en aquella guarida, aletargado como un marmota, chupándose sus cuatro patas como uni-

no-certera, el oído muy sutil y la vista penetrante. Ya hacia lo menos veinte años, que todos le llamaban *der Alte Fritz*, y todo el mundo refería historias muy singulares del viejo Fritz. Un día, por ejemplo, que había perseguido á unas gamuzas ó cabras monteses hasta las últimas cimas del Voralberg, encontró á allí á *Freyschutz*, ese hombron, patrono diabólico de los cazadores, cuya leyenda teutónica ha popularizado la música de Weber. *Freyschutz* se acercó á él y le dijo.

—¿Qué es eso? señalando al mismo tiempo á su carabina.

—Es mi pipa, contestó el tirolés truhan.

—Pues bien, le replicó el diablo, déjame tomar una bocanada.

—Con mucho gusto, dijo Fritz, y poniéndole la punta del cañon de su carabina en la boca del diablo, tiró del pie de gato.

—Brrrr.... hizo el demonio estornudando tres veces, tu tabaco es demasiado fuerte; todo se mejora en el mundo, pero el gusto se va echando á perder.

resguardo contra su furor: además estaban bastante inmediatos unos á otros para auxiliarse en caso de necesidad.

Cuando todos estuvieron en su puesto, á una señal dada, los ojeadores comenzaron á dar gritos. Creían que aquel vocerío discordante y desentonado, que se oía por un lado, sería suficiente para decidir al oso á escapar por el otro; pero fuese astucia ó obstinación, miedo ó valor, el animal no se movió. Despues de esperar bastante tiempo, uno de los ojeadores, perdida ya la paciencia, se aproximó á la cueva seguido de un gran mastín para cerciorarse de que el señor de aquella fortaleza, no había abandonado furtivamente su mansion. Aquella temeridad por poco le cuesta bien cara. Al ver al perro que olfateaba la entrada, el oso se arrojó sobre el valiente y confiado mastín. Hirióle con una zarpada, le agarró entre sus brazos y le oprimió contra su pecho, haciéndole cruzir todos sus huesos y dejándole en seguida caer al suelo, tan aplastado como si hubiese pasado por encima de su cuerpo un

enorme pedazo de granito. El dueño del perro se tiró también al suelo, bien por miedo ó quizá para hacerse el muerto y librarse por esa antigua estratagema de las terribles caricias del oso. Acercábase este al supuesto cadáver, comenzó á olfatearle y ya alargaba la mano para volverle boca arriba, cuando una bala le hirió en la oreja y le dejó realmente muerto junto al cadáver que recobraba la vida. El viejo Fritz era el que había disparado aquel tiro tan atrevido como certero. Una aclamación general respondió á la detonación de su carabina. Cazadores y ojeadores todos acudieron á la carrera para ver de cerca al terrible animal herido tan á tiempo. Unos median su cuerpo desde la punta del hocico hasta el nacimiento de la cola: otros le abrían sus anchas mandíbulas para enseñar su blanca y fuerte dentadura: y algunos, en fin, hacían observar lo grueso de sus brazos y lo largo de sus patas y uñas.

Bien pronto llegó al campo de batalla un carrito con cuatro ruedas, tirado por un solo caballo, y en él colocaron el cuerpo del oso, en la posición mas amenazadora que pudieron darle. En cuanto al viejo Fritz, le estaba reservado otro honor. Prime o adornaron su sombrero de copa alta con una florida rama del *rhododendron* que llaman *rosa de los Alpes*: luego sus jóvenes compañeros, con unas ramas de abeto, formaron bien pronto una especie de silla de manos, semejante á la *sella gestatoria*, en que pasean al papa en las grandes ceremonias religiosas de Roma, y á la *portantina* que sirve para izar á las señoras hasta el cráter del Vesubio. Fritz fue sentado sobre aquel pavés, á pesar de sus escrúpulos de modestia, y cuatro mozos robustos y vigorosos, poniéndole en sus hombros, comenzaron á seguir al carro por el camino que descendía al valle. Hasta llegar á Ulten, todos los que habitaban en las aldeas y casas esparcidas por aquel terreno, salían á su encuentro. Las mugeres agitaban sus pañuelos, los hombres palmoteaban y los niños gritaban; en fin, cada uno saludaba á su manera al libertador del cantón, al vencedor de aquellos combates, que recuerdan las proezas de los semidioses de la antigüedad: el viejo Fritz, acostumbrado á aquellas victorias y aclamaciones, manifestaba, en medio de su gloria, tanta sencillez, que para templar su orgullo no era necesario agregar al cortejo el insultador que seguía el carro de los triunfadores romanos.

Variedades.

DESCUBRIMIENTO. Del *Fomento* de Asturias copiamos lo siguiente:

El apreciable y laborioso señor Luanco, catedrático de química en esta universidad literaria, acaba de agregar á esta ciencia una novedad, que mucho importa al país, al mismo tiempo que da al autor la justa y bien merecida reputación, siquiera para premiar en parte sus afanes y constantes trabajos en la química. Hasta la fecha ningún profesor, así nacional como extranjero, se ha ocupado en obtener el gas del alumbrado del bagazo de la manzana, ó sean los residuos ó desperdicios que quedan después de hecha la sidra; pues, bien, el señor Luanco ha practicado ya diferentes experiencias para obtener por un sencillo procedimiento el citado gas, habiendo recogido en la noche del 15 los parabienes y aplausos de la numerosa concurrencia que acudió al experimento, que ha tenido lugar en una de las cátedras de esta universidad literaria.

Nosotros hemos salido también sumamente complacidos y satisfechos de la luz clara y agradable que este gas producía, prescindiendo de la pequeña cantidad de bagazo que se necesita para alumbrar algunas horas seguidas, y prescindiendo también de otras oportunas reflexiones, que el entendido profesor se servía hacernos y que prueban mas y mas la gran importancia del descubrimiento en Asturias.

CALCULO ORIGINAL. En un periódico inglés se lee el siguiente calculo:

Valuado el yard cúbico de oro en dos millones de libras esterlinas, que es á lo que asciende su valor real, todo el oro del mundo, reducido á barras, podría encerrarse en una cueva de veinte y cuatro pies cuadrados y diez y seis de altura.

Todas esas inmensas riquezas recogidas en la California y la Australia, podría contenerlas una arca de hierro de nueve pies cuadrados y otros nueve de altura.

¡Y por esta miserable porción de metal amarillo tantas desgracias, tantas calamidades!

Miri-Adi-Giaffer.

NOVELA ORIENTAL.

I.

La historia que vamos á narrar á nuestros lectores es una imitación de los cuentos alemanes de *Museus* y forma uno de los episodios de la guerra de las cruzadas, de esa terrible y sangrienta epopeya cuyos incidentes caballerescos, decorados por la poesía oriental tuvieron hasta hace poco tiempo el privilegio de cautivar la atención de las almas sensibles. Hoy ha pasado la moda de esos incidentes, de esa poesía y de esas almas, por cuyo motivo nos vemos dispensados de hacer el apoteosis de nuestro héroe el muy noble conde aragonés don Juan de Luna, limitándonos á decir, que este caballero fue uno de los infinitos, que respondiendo al llamamiento hecho por su santidad el papa Gregorio IX en 1229, dejó su castillo de Albarracín, donde pasara sendos días de felicidad con Beatriz su fiel esposa, y que puesto á la cabeza de sus vasallos se embarcó para Génova, donde debía reunirse á las legiones de europeos comprometidos en la funesta cruzada. ¡Cuánta desolación produjo al mundo este proyecto insensato! Toda una raza de héroes sucumbió á los rigores del hambre, de la sed, del calor y de la peste, ó al filo de los alfanjes sarracenos. Muchos matrimonios felices fueron desunidos para siempre, é innumerables doncellas, tristes como las hijas de Sion cautivas, lloraron en silencio la ausencia eterna de sus amantes.

El arrojado conde de Luna, á quien un entusiasmo supersticioso y ardiente hiciera abandonar sus dominios feudales por ir á combatir con el Sirocus del desierto, y lo que es acaso peor con la nostalgia y la traición de sus propios amigos, no pudo menos de descender de la altura de su resolución, y de

quedar subyugado por la madre naturaleza cuando vió á su joven esposa tomar al mas pequeño de sus tres hijos, que dormía tranquilamente en la cuna y presentárselo para que le diese el beso de despedida. El guerrero no tuvo aliento para soportar esta escena inesperada, sus labios temblaron, sus ojos vertieron lágrimas: sin embargo, pasado el primer vértigo, tomó á su hijo en sus brazos, lo estrechó entre la vestidura de acero que cubría su pecho, é imploró de rodillas en favor de la madre y del hijo la protección divina.

Poco después desfilaba con sus vasallos y caballeros por el camino tortuoso del castillo, y Beatriz, sentada á una ventana del torreón mas elevado, lo seguía con la vista hasta que la bandera señorial, sobre la que ella misma bordara la cruz roja de los cruzados, desapareció en el horizonte.

Pasaremos en claro los pormenores del viaje, y para entrar pronto en materia, no nos detendremos tampoco á enumerar las proezas ejecutadas por los guerreros cristianos al frente de Tolémaida. Estas proezas han sido trasplantadas desde los libros caballerescos á los circos de caballos, y no es ocasión de combatir las veleidades literarias de una edad que aplaude semejantes caprichos. Diremos sí, porque esto es necesario á nuestro propósito, que al cabo de un año de dar y recibir mandobles en los arenales de Siria, el conde fue un día sorprendido por una banda de musulmanes, que lo condujeron maniatado con su escudero Bermudo á las mazmorras del Cairo, donde penetró con el temor de no volver á salir vivo.

II.

Habían pasado cinco años de este suceso. Por aquel tiempo reinaba en Egipto el sultan *Maleck-al-Azir-Othman* llamado el fuerte. Era hijo del célebre Saladin, y debía su renombre de Fuerte á los talentos que revelara en el serrallo mas bien que á sus cualidades morales. Habíase mostrado tan activo y valeroso en la propagación de su raza, que si á cada uno de los príncipes sus hijos hubiese de legar una corona, los imperios y principados de las tres partes del mundo entonces conocidas, no bastarían al objeto. Pero al cabo de muchos años de ejercicio, las fuentes de la paternidad se vieron algún día desecadas, coronando la inmensa lista de sus descendencia con una bonita niña llamada *Miri-Adi-Giaffer*, que al decir de los cortesanos musulmanes, era el diamante mas puro de la corona de Egipto.

La joven princesa había sido educada por una nodriza europea de origen murciana. Robada ésta en las costas de España por los piratas berberiscos y vendida en el mercado de Alejandria, había llegado por las vicisitudes del negocio al palacio del sultan, donde su vigorosa constitución la proporcionara el empleo honorífico que acabamos de mencionar. Aunque su garganta no era de las mas flexibles y adecuadas para las melodías del *Mambú* que la murciana entonaba á coro con las reclusas del harem, tenía en cambio una lengua suelta y rápida, y sabía mas cuentos de moros y aparecidos que la bella *Shéhérazade*.

La princesa había escuchado con gusto á su nodriza por espacio de mil semanas. Pero cuando una joven llega á cumplir cinco lustros suele perder la afición á las historias ajenas y experimenta la necesidad de empezar por su propia cuenta la novela de su vida. Cuando este caso llega para la princesa, la esperta nodriza supo reemplazar los cuentos de la niñez con descripciones mas ó menos interesantes de los europeos y en especial de los españoles á quienes suponía como el modelo mas acabado de la raza humana. A sus retratos solía añadir argumentos tan calorosos sobre las ventajas de la vida española, que al cabo logró producir en el alma de *Miri-Adi* una impresión tan profunda que no llegó á borrarse jamás.

A medida que *Miri-Adi* avanzaba en edad se hacia mas fuerte en ella la afición á las costumbres de Europa. Era apasionada de las flores, y una de sus ocupaciones predilecta consistía en formar ramilletes simbólicos ó parlantes, en los cuales demostraba á la vez su sagacidad y talento. El viejo Othman su padre, aunque por lo comun no entendía nada de esta gerigonza emblemática, se entretenía con el ingenio travieso de su hija, y á veces ocupaba el diván en descifrar sus enigmas. Conocía como todo el mundo los caprichos escéntricos de la princesa, y á fuer de buen musulmán no simpatizaba con ellos; pero era tan vivo, tan ardiente su cariño paternal, que en todo pensaba menos en contrariar á su hija. Así, fué, que por agradarla, concibió el extraño proyecto de arreglar sus jardines á la europea, proyecto que sometió al talento del *Scheik Kiamel* su favorito. No encontrando este en el Cairo persona alguna que tuviese idea ó fuese capaz de llevar á término la inspiración del viejo monarca, se vió precisado á recurrir á los esclavos cristianos, entre los que, como ya sabemos, se encontraba nuestro bizarro compatriota.

Si el conde aragonés don Juan de Luna hubiese sido nombrado rector de la universidad de la Sorbona ó de Alcalá, no se sorprendería tanto en verdad, como lo fué cuando se vió de repente con el título de jardinero real de la corte de Egipto. Lo mismo entendía él de teología que de horticultura, porque si bien había visto en sus viajes muchos jardines pintorescos; mas nunca se había ocupado de conocer la teoría de las plantaciones. Un hombre de su rango no podía decentemente humillarse á cuidados semejantes. Con todo, se guardó bien de manifestar su ignorancia por el temor demasiado fundado de que le convenciesen de lo contrario, dándole una buena paliza en las plantas de los pies.

Se le designó el terreno donde el sultan quería establecer su jardín á la europea: era un parque magnífico tan ricamente dotado por la naturaleza, que el conde á pesar de su poca aprensión, no encontraba que fuese posible en conciencia mejorar nada en él. La perspectiva de esta naturaleza viva y risueña, de cuyos encantos había estado privado al cabo de tantos años, hizo en sus sentidos una tal impresión de dicha, que no podía menos de detenerse embelesado delante de cada flor, poco mas ó menos como debió hacerlo nuestro padre Adán cuando se vió solo en el paraíso cristiano. Pero entretanto su embarazo se aumentaba por grados. ¿Cómo había de manejarse para justificar el honor del empleo que acababan de confiarle? Por un lado temía fundadamente destruir en vez de crear, por otro se asustaba ante la idea de ser convencido de ineptitud y que lo recondujesen á su horrible morada.

Cuando el *Scheik Kiamel*, intendente de los jardines y favorito del sultan, apremió al conde para que se pusiese luego á la obra, este pidió sin vacilar cincuenta esclavos. Al día siguiente de madrugada todo el mundo estaba listo: el conde pasó revista á su gente sin saber como emplearía un solo brazo. Pero cual no sería su sorpresa y contento cuando descubrió en el grupo de esclavos al bueno de Bermudo su escudero y á algunos otros de sus vasallos! Su corazón se vió aliviado de repente de un enorme peso y sus facciones se dilataron. Sin detenerse llamó aparte á su escudero: le manifestó la posición cruel en que se encontraba, y con extraño le parecía que hubiese podido trasformarse su caballeresca espada en un azadon. A estas palabras Bermudo se arrojó á los pies de su señor exclamando:

—Perdonad mi querido amo: soy yo quien os ha dado la libertad mezclada con la agonía. No castigues á vuestro inocente servidor: por el contrario alegras, de haber salido de vuestro encierro y de respirar el aire libre. El sultan quería tener un jardín á la moda de Europa é hizo saber á todos los esclavos cristianos que se hallaban en el bazar, que si alguno se creía con posibilidad de llenar sus deseos, que lo dijese, y si lo conseguía podía esperar una grande recompensa. Ninguno se atrevió á encargarse de la empresa; pero yo pensé en vos, en vuestra dura cautividad y un buen ángel me inspiró la mentira que ha logrado libraros. Ahora conviene que no os atormentéis pensando en el modo de correr la aventura. El sultan como todos los grandes de la tierra, quiere que le deis no una cosa que valga mas de lo que tiene, sino una cosa que sea rara y sobre todo nueva. Volvedlo todo de arriba abajo, trinchad, cortad y destrozad á vuestro antojo en esos hermosos jardines, y estad seguro que aprobará cuanto hayais hecho.

Este discurso fué tan agradable al pobre conde, como lo es el murmullo de una fuente al viagero perdido en el desierto. Desde luego cobró mas ánimo y resolvió salir con honra del negocio, para lo cual empezó por distribuir el trabajo sin plan á salga lo que saliere. Lo trastornó todo, lo cambió todo, lo destruyó todo y no mejoró nada. Los árboles frutales fueron arrancados y sustituidos con arbustos estériles: los bancales rellenos de césped, sucedieron á los kioscos, por cuyo centro hizo serpentear mezquinos andadores de caprichoso trazado. Por último, las sendas y paseos fueron cargados de graba fina apisonada en términos, que la yerba mas sutil no pudo introducir por ellos sus delgadas raíces.

Por alguna tiempo la obra del conde fué un secreto para toda la corte y en especial para las esclavas del serrallo, porque el sultan deseaba producir una sorpresa á su hija en el día de su santo. Cuando este estuvo cercado quiso examinar el jardín franco para apreciar por sí mismo, y dar á conocer á *Miri-Adi* todas sus bellezas. *Kiamel*, que aguarda con ansia este instante fatal, se estremeció pensando en los graves cargos que podían hacerse por el destrozo del parque egipcio, convertido en desierto occidental. Juzgó, pues, que sería lo mas adecuado disponer el ánimo de S. A. á la dulzura, y á este propósito le dirigió las siguientes palabras.

—Gefe de los creyentes, una señal de tus ojos es el resorte que mueve mi voluntad: mis pies me llevan al punto que tú designas, y mi mano conserva con firmeza lo que tú le ordenas que guarde. Quisiste un jardín á la moda de los francos, y allí lo tienes. Esos bárbaros de Europa no saben producir mas que desiertos de arena, que revisten de yerbas salvajes. En su ingrata patria no crecen las palmeras, ni los limoneros, ni el *kalaf*, ni el *haqab*, porque la maldición del Profeta ha hecho estériles sus campiñas.

El sol iba ya á ocultarse, cuando el sultan acompañado de su favorito puso los pies en el jardín. En seguida se encaminó al terrado superior, que en otro tiempo recibía la sombra de un bosque de palmeras. La vista se extendía ahora muy lejos, puesto que por un lado se dejaba ver el Cairo con su caudaloso río, animado por multitud de barcos; por otro se divisaban las pirámides y en el fondo una cadena de montañas, coloreadas con los vapores del crepúsculo. La brisa de la tarde, refrigerada con las emanaciones del Nilo, soplabá con libertad deleitando á S. A. musulmana.

Es verdad que el jardín franco no se parecía en nada al antiguo parque umbroso, donde el monarca egipcio pasara los primeros años de su vida; pero en cambio encerraba una multitud de objetos nuevos y variados que destruían la inmutable y monótona belleza que hacia tanto tiempo le enojaba. El sultan no podía darse cuenta como conocer de la impresión que experimentaba; y como generalmente lo nuevo es casi siempre la norma del placer, lo encontró todo superior á sus deseos. Bermudo había dicho bien cuando dijo que la novedad del cambio produciría su efecto. Luego que el sultan hubo saboreado el gusto de recorrer los andadores cubiertos de menuda graba, se sentó debajo de la única palmera que había quedado en el jardín, y dijo á *Kiamel*:

—No has burlado mis esperanzas *Kiamel*. Contaba con que harías una cosa buena de mi viejo parque; pero en verdad que te has escedido á ti mismo. *Miri-Adi* aceptará seguramente tu obra como una fiel reproducción de los jardines europeos.

El *Scheik* comprendió por lo que el sultan acababa de decirle, que lo consideraba como inventor y ejecutor de todo. En seguida como buen cortesano cambió el rumbo de su nave gobernando á favor del viento.

—Magnánimo señor de los creyentes, le dijo, sabe que tu esclavo ha pasado días y noches discurriendo el medio de cambiar tu antiguo bosque de palmeras, en un jardín raro y delicioso sin semejarante en Europa. De seguro el Profeta ha iluminado mi entendimiento haciendo que dispusiese el plan de mi obra por la del paraíso de los creyentes, y he aquí porque te muestras tan satisfecho de la copia.

El viejo sultan no tenía ideas muy claras acerca del paraíso de Mahoma, porque halagado en la tierra con toda clase de goces, le parecía trabajoso y hasta ridículo estender su vista mas allá de lo presente. La imagen le pareció agradable, y así se lo manifestó á *Kiamel*, elevándole á la dignidad de bey y haciéndole regalo de un cafetan de honor, que el cortesano aceptó sin ningún remordimiento.

III.

Cuando llegó la primavera hizo la hermosa *Miri* su entrada en el jardín preparado para ella, y todo lo encontró á me-

rida de sus deseos. Era esta joven el ornamento mas bello del serrallo: la mapa de sus atractivos y el sonido melodioso de su voz hubieran convertido de seguro en un Eliseo el paraje mas desierto del mundo hollado con sus plantas.

Segun la costumbre de Oriente, todos los jardineros debian alejarse de los sitios que visitaba la princesa, tan pronto como vieran acercarse a los eunucos. Esta era la causa porque la belleza en cuyo obsequio habia trabajado tanto el artista permanecia siempre oculta para el, por mas que fuesen grandes los deseos que tenia de conocerla. *Miri-Adi* tomaba de dia en dia mas aficion a su jardin, y como era un tanto viva y despreocupada, solia alejarse con frecuencia de los guardianes, para estar con mas libertad entregada a sus estudios de botanica. Unas veces se presentaba sola llevando un canastillo en la mano para depositar las flores, otras paseaba apoyada en el brazo de una esclava; pero siempre aparecia cubierta con el velo impenetrable que da un colorido tan misterioso a las mugeres de Egipto.

Cierta mañana en que las flores se hallaban aun cubiertas por el rocío de la noche, la princesa bajó a respirar el aire embalsamado del jardin a tiempo que el jardinero conde se apresuraba a reemplazar las flores muertas con otras, cuyo pétalo no estuviera marchito por los rayos del sol de Oriente. La joven observó con placer este amable cuidado de su jardinero, y entonces conoció la causa de hallar siempre floridos sus hermosos rosales. Dijo algunas palabras sobre las épocas de la florescencia de las diversas plantas: el conde levantó la cabeza para mirar la persona que le hablaba, y pudo apercibirse de que tenia delante de si la imagen angelical de la princesa. De una ojeada adivinó la gracia y la nobleza de los encantos que revelaba su estatura, y sorprendido de placer dejó escapar de las manos la podadora con que arreglaba un pabellon de tulipanes. El conde se mantuvo de pie, silencioso, inmóvil como una estatua, y así hubiera continuado sin revelar siquiera su existencia, aunque le arrancaran las narices, como acostumbran a hacerlo en Turquía con las estatuas que adornan los jardines, si la dulce voz de *Miri-Adi* no le hubiese hecho volver en si mismo.

—Cristiano, le dijo, no temas nada: soy yo la que he tenido la culpa de que te encontrases conmigo: sigue tu trabajo y dispon las flores como desees.

—Brillante flor de Oriente, flor a cuyo lado palidecen las mas hermosas del mundo, tú reinas en este jardin como la reina de las estrellas en la bóveda del firmamento. La menor indicacion de tu voluntad inunda de dicha el alma de tu esclavo, que besa sus cadenas porque te dignas honrarlas con tus mandatos.

La princesa no esperaba por cierto que su esclavo la respondiese de una manera tan lisonjera. Habia fijado hasta entonces su atencion en las flores del jardin sin hacer caso del jardinero; pero ahora se dignó concederle una mirada, y a la verdad que quedó sorprendida al descubrir una noble y hermosa figura de hombre, que sobrepujaba a cuanto ella habia visto e imaginado hasta entonces. El conde era en efecto lo que se llama un buen mozo, por tal muy renombrado en sus tierras de Albarracin, donde la varonil y elegante apostura de sus maneras le habian hecho el héroe favorito de las damas aragonesas.

Sin duda por la aficion que *Miri-Adi* manifestaba a todo lo extraordinario, no pudo menos de seguir mirando con placer la figura del bello esclavo. Esta vez le dió sus órdenes con el acento mas bondadoso: le dijo como deseaba que se hiciesen las plantaciones: oyó con atencion sus consejos y se entretuvo con él en tanto que pudo alimentar la conversacion con el tema inevitable de las flores. Apenas habia andado cinco pasos para retirarse, se volvió hacia atras con objeto de hacerle nuevos encargos, despues tomó el camino de los pabellones, donde estuvo paseando un rato sin dejar de llamar a cada instante a su jardinero para proponerle algunas nuevas reformas. A la caída de la tarde de aquel mismo dia *Miri-Adi* experimentó un invencible deseo de respirar el aire del jardin: pero en esta ocasion se dirigió sin vacilar al punto donde trabajaba el jardinero so pretexto de comunicarle órdenes flamantes. Así continuó por espacio de algunos dias.

En cierta ocasion la princesa no encontró como de costumbre a su bello esclavo, y lo buscó en vano por los jardines. Recorrió de arriba abajo todos los andadores sin dirigir una mirada siquiera a las flores, que con su perfume y brillantes matices parecian querer disputar su atencion. Examinó uno a uno todos los pabellones, la gruta, los emparrados esperando hallarle dormido, y ya se regocijaba de antemano con la sorpresa que iba a causarle; pero en ningun punto descubrió la menor huella del jardinero. Mientras iba y venia apresurada de un extremo a otro del jardin, se encontró de improviso con el regador, quien no hizo mas que ver a la princesa cuando soltó la regadera y dió frente a retaguardia para dejarla libre el paso. La joven le detuvo preguntándole por el jardinero.

—¿Dónde queréis que esté, señora, respondió el buen hombre temblando como un azogado, sino entre las garras del médico judío que le hará vomitar el alma dentro de poco?

La princesa quedó muda de dolor al oír estas palabras, porque no esperaba saber seguramente que el motivo de la ausencia de su favorito fuese una enfermedad. Inmediatamente regresó a palacio, donde sus camaristas pudieron notar la tristeza que revelaban sus facciones. Aquel dia no cortó mas que flores funerarias mezcladas con ciprés y con romero, y esta misma operacion siguió ejecutando por algun tiempo, lo cual alarmó a las esclavas del serrallo. Reunidas estas en conciliábulo secreto, pusieron a discusion los motivos que pudieran tener el disgusto de su señora; pero despues de largas y sabias deliberaciones, concluyeron por quedar como estaban al principio sin averiguar ninguna cosa.

La asiduidad con que el conde queria ejecutar las órdenes de la princesa y la tension constante de su espíritu consagrado a adivinar sus menores deseos, le habian ido debilitando poco a poco hasta que al fin tuvo precision de guardar cama asaltado por la fiebre. Pero el médico judío, discípulo de Galeno, ó mejor la constitucion robusta del conde, le puso luego fuera de peligro, volviendo a encargarse del cuidado del jardin. Cuando la princesa le vió de nuevo entre las flores, se despojó su frente y volvió a recobrar su alegría ordinaria. El senado femenino para quien este cambio fue tambien un misterio, decidió por unanimidad que en el jardin debia haber alguna planta de cuya existencia hubiese desesperado la princesa.

IV.

Miri-Adi-Giaffer era una joven sencilla é ignorante de los peligros del amor. Entregada toda entera a sus impresiones sin consultar al divan íntimo de su corazón, no habia podido observar el desarrollo que la pasion habia tomado en su alma y solamente cuando vió enfermo a su jardinero conoció que sin este no tenia ningun atractivo el jardin. Por eso lo visitaba ahora mas a menudo: por eso tambien poco diestra en los artificios de la coqueteria, dejaba que se consumiese el robo de su corazón, y no oponia ninguna defensa a las armas naturales del cristiano, quien se contenia siempre por respeto en los límites de la mas severa modestia.

Una tarde al ponerse el sol, bajó la princesa al jardin: su alma estaba limpida como el horizonte y dirigió la palabra al esclavo con mas cariño que otras veces, concluyendo por pedirle un canastillo de flores. *Miri-Adi* tomó asiento debajo de un emparrado y compuso un ramillete alegórico de que hizo regalo al jardinero. El bravo aragonés lo colocó galantemente en su pecho, como para dar testimonio del precio en que lo tenia, no sospechando siquiera el sentido oculto que pudiesen tener las flores de aquella manera combinadas. *Miri-Adi* por su parte pensaba que todo el mundo debia entender como ella el lenguaje de las flores, afirmándose mas en su opinion al ver los trasportes de reconocimiento con que su favorito acababa de recibir el ramillete. Creyó que este habia comprendido las palabras lisonjeras que le dirigia respecto a su celo y actividad, y tuvo deseo de conocer el talento de su amado cristiano, obligándole a contestar en el mismo lenguaje. Le pidió, pues, un ramillete. Conmovido el conde con tantas bondades, corrió sin detenerse al extremo del jardin, donde en una pequeña gruta guardaba secretamente su depósito de flores. En aquel momento tenia una estraña, llamada por los árabes *muschiroumi*, que acababa de abrirse y que nunca se habia visto en el jardin. El conde pensó causar un gran placer a la princesa ofreciéndola esta novedad inesperada. Colocó, pues, la flor sobre una hoja de higuera y la ofreció de rodillas a su señora, seguro de recibir grandes elogios por su finura y galanteria; pero cual no seria su consternacion viendo a la princesa volver la cabeza y toda confusa bajar los ojos sin preferir una sola palabra. La joven estaba en efecto sorprendida y parecia resistirse a tomar la flor, que en el primer instante habia colocado a su lado sobre la yerba. Poco a poco fué perdiendo su alegría natural, tomó un continente fiero y orgulloso y se retiró a palacio sin dirigir una palabra al conde, pero sin dejar por eso de recoger la malhadada flor que ocultó bajo su velo.

Aturdido nuestro don Juan con esta peripecia inesperada, no habia tenido bastante libertad de espíritu para investigar la causa. Se devanaba los sesos en conjeturas, y mucho tiempo despues de haber partido la musulmana conservaba el todavia su actitud de penitente. Sentia el buen cristiano haber ofendido sin querer a su hermosa *Miri-Adi* que era para él un ángel bajado del cielo. Cuando logró volver en si de su primera sorpresa, se retiró tristemente a su alojamiento, donde le esperaba el alegre Bermudo con la mesa puesta. Pero el conde habia perdido el apetito, y el escudero que lo notó fué a buscar una botella de chipre, que hizo su efecto acostumbrado. El conde fué entrando poco a poco en ganas de hablar, y dió cuenta a su escudero del suceso del jardin. Pero como a pesar de todas sus conjeturas no podian entrombados encontrar la causa pausable del disgusto de *Miri-Adi*, concluyeron por meterse en la cama dejando al tiempo la solucion del enigma.

Durante algunos dias permanecieron cerradas las puertas del palacio. La princesa no volvió a presentarse en el jardin, y el conde se desesperaba por encontrar la causa de semejante desvío. Es bien seguro que si no hubiese sido completamente estraño al lenguaje de las flores, hubiera hallado, en fin, el secreto que anhelaba. El conde habia hecho sin saberlo, una declaracion de amor en toda regla a su bella musulmana, y si se quiere una declaracion que no tenia nada de platónica. Cuando un amante árabe hace entregar a su querida una flor de *muschiroumi*, da a entender que la supone bastante sagaz y humana para responder en la misma forma con la flor del *ydskerumiz*, que interpretada en lenguaje horticultor significa: «está corriente, hagamos saldo de amor.» Es preciso convenir que esta manera de explicarse no está mal imaginada, y que podria servir de gran socorro a los amantes bebedores de Occidente. En lugar del pesado y monótono sistema de billetes que tantas angustias cuesta a los que tienen que redactarlos, que los espone a las burlas de un tercero indiferente que por casualidad los encuentra y que muchas veces hasta se atraen la censura de la persona a quien van dirigidos, el idioma oriental, por el contrario, se explica de la manera mas misteriosa y al propio tiempo mas franca.

Si la princesa *Miri-Adi* no hubiese sido tan generosa, ó mas bien si el amor todo omnipotente no hubiese pasado su rasera por el orgullo de la hija del sultan, es bien positivo que el conde hubiese pagado con la vida su galanteria por mas inocente que fuese. Pero la princesa estaba en el fondo poco enojada, atendido a que la declaracion atrevida del cristiano tocaba la cuerda mas sensible de su corazón. Es verdad que su virtud se sometia a una terrible prueba, puesto que el jardinero la pedia de repente cosas increíbles y espantosas para una joven doncella. Esta habia sido la causa de retirar su vista del *muschiroumi*. Su alma se habia visto combatida de repente por el amor y la vergüenza: negarse era quitar al cautivo todas sus esperanzas: aceptar la ofrenda era prometer cumplir sus deseos. Vacilando confusa entre un extremo y otro del apremiante dilema, no fué posible a la joven articular una sola palabra; pero el peso del amor inclinó la balanza y *Miri-Adi* recogió la flor. Cuando hubo llegado a su cámara solitaria, se entregó de nuevo a serias reflexiones; su perplejidad era tanto mas cruel, cuanto que por temor de esponer la vida de su adorado cautivo no se atrevió a abrir su pecho a ninguna de las camaristas para pedirle consejo.

Lo que hizo *Miri-Adi* del *muschiroumi* no es posible adivinarlo porque es mas fácil a un mortal espiar a una diosa en el baño que a una princesa de Oriente en su serrallo. Tampoco podemos asegurar si aquella noche la pasó entre sueños plácidos de amor, ó si estuvo atormentada por la fatiga del insomnio. Esta suposicion es la probable, atendido a que desde el amanecer del siguiente dia resonaron en el palacio los gritos planitivos de las esclavas, que murmuraban oraciones por la salud de su señora. Se llamó al médico de palacio, este tomó el

pulso de la serenísima enferma con todas las precauciones de rigor en los serrallos. Se estiró la barba dos ó tres veces, sacudió la cabeza con aire profundo, y al fin dijo con ese tono profético y absoluto familiar a todos sus colegas: «que la princesa no estaba buena, que el pulso se movia de una manera estraña y que acaso sobrevendria una fiebre ética.» Prescribió en su consecuencia una cantidad de *Aalafy* y de cordiales y se retiró lanzando sentidos ayes.

Pero los síntomas que en sentir del Esculapio hebreo ofrecian la mayor gravedad, no eran mas que el resultado de una noche de insomnio, así es que desaparecieron tan luego como la enferma pudo dormir un rato. Aquel mismo dia dejó la cama con escándalo del medico, quien a su pesar conoció que la princesa solo necesitaba de algun reposo. Aislada en el interior del serrallo, pudo desde entonces la egipcia pensar en las consecuencias de haber aceptado el *muschiroumi*: su cabeza formaba con ardor mil proyectos a cual mas disparatados. Tan pronto nivelaba las montañas mas inaccesibles, tan pronto no veia mas que precipicios que la hacian morir de espanto, no concibiendo que hubiese en el mundo mugeres bastante locas para intentar vencerlos. Al fin tomó, como puede suponerse, el partido de ceder a los deseos de su corazón. Esta clase de heroísmo suele encontrarse con frecuencia entre las pobres hijas de Eva, bien que suelen pagarlo despues con la desgracia de toda su vida.

V.

Las puertas del serrallo llegaron por fin a abrirse, y la bella *Miri-Adi* volvió a bajar al jardin. Cuando el conde la vió entre los rosales, sintió una emocion extraordinaria. ¿Era de alegría ó de temor? No podemos saberlo, pero lo cierto es que experimentó furiosas palpitaciones de corazón en el momento que su vista distinguió a la princesa. Esta se acercaba sin cuidarse al parecer de las flores; cuando estuvo a pocos pasos del conde, nuestro don Juan dobló las rodillas con un semblante tan triste y compungido, como el del criminal que espera oír su sentencia. La egipcia le habló de esta manera.

—Levántate cristiano, y que se cumpla la voluntad del Profeta. Por espacio de tres noches le he suplicado que dirigiese mi conducta por medio de algun signo celeste: no ha querido responderme, y esto es decir que aprueba la resolusion de la tortolilla que rompe su cadena para buscar otro nido. La hija del sultan no se desdena de recibir el *muschiroumi* de tu mano cautiva, y mi suerte está decidida. Vete a buscar al iman, que te conduzca a la mezquita, que te imprima el sello de los verdaderos creyentes, y entonces mi padre, cediendo a mis plegarias, te hará subir tanto como el Nilo cuando se desborda por ambas orillas. Una vez hecho bey de una provincia, podrás dirigir tus miradas al trono de Egipto, porque el sultan no rechazará al yerno que le depara el Profeta.

Al oír estas palabras, el caballero quedó inmóvil de sorpresa, cual si por el contacto de una vara mágica hubiese sido convertido en estatua: sus mejillas palidecieron, su lengua se pegó al paladar. Comprendió perfectamente cuanto la princesa acababa de decirle, pero no entendia del mismo modo como habia de gobernarse para llegar a ser yerno del sultan de Egipto. Su situacion era la de un amante afortunado; pero su figura no estaba ni con mucho a la altura de las circunstancias. Sus ojos fijos y consternados estaban muy distantes de expresar alegría. Dichosamente la joven tomó esta turbacion y esta sorpresa por el efecto natural de un exceso de ventura, y le dijo:

—¿No me respondes cristiano? ¿Dudas acaso que el perfume de tu *muschiroumi* haya penetrado hasta mi corazón, que no conoce la doblez ni el engaño? ¿Debia yo acaso dificultar con injustas vacilaciones el sendero demasiado rápido que tienes que correr para llegar al tálamo nupcial?

El conde habia tenido sobrado tiempo para volver en si mismo: hizo un esfuerzo de voluntad para recobrar su razon, a semejanza del guerrero que despierta sobresaltado al toque de alarma y pudo marmotear el siguiente discurso.

—Brillante flor de Oriente, ¿cómo una miserable planta que crece a la sombra de los espinos podria lisonjearse de florecer a tu lado? ¿No seria arrancada por mano del jardinero y arrojada al camino a los pies de los camellos? Cuando el viento deposita algunos átomos de polvo sobre tu diadema real, ¿no hay cien manos dispuestas a sacudirlo al instante? ¿Cómo habia de atreverse un esclavo a solicitar la mano de la hija del sultan, cuando hay tantos príncipes que han sido reusados? Créeme, hechicera sultana, cuando me dijiste que formase un ramillete de flores, puse en él el *muschiroumi* porque me imaginé causarte una agradable sorpresa, y porque francamente ignoraba su nombre y su misterioso sentido. Quise obedecerte sin otra intencion reservada: perdóname si he llegado a lastimar tu orgullo.

Esta respuesta ambigua trastornaba visiblemente los proyectos de la princesa, la cual no podia comprender que un europeo dejase de dar al regalo del *muschiroumi* la significacion que tiene para los habitantes de Egipto. El *quid-proquo* era, sin embargo, tan evidente, que *Miri-Adi* comenzaba a vacilar, cuando el amor vino a sacarla del apuro. Ocultando lo mejor que pudo su embarazo y jugando con el extremo de su velo, dijo despues de un instante de silencio.

—Tu modestia, cristiano, se parece a la violeta nocturna que no brilla a la luz del sol por la opacidad de sus colores, pero no por eso deja de inspirar ideas de amor con sus dulces perfumes. Una feliz casualidad ha venido a ser intérprete de tus sentimientos y ha despertado mi amor, amor que no quiero ocultarte, porque es demasiado noble y grande. Adopta la ley del Profeta, sigue con decision mis consejos, y no dudes que llegarás a ver realizados tus deseos.

El conde empezó a temblar de veras, las palabras de la princesa eran tan terminantes, que no dejaban lugar a la duda ni a la incertidumbre. Mil ideas risueñas, brillantes y placenteras cruzaron de improviso por su imaginacion. La egipcia era tan joven, tan seductora, parecia consumirse en un fuego tan puro, que la idea del turbante y su adopcion no dejaba de germinar en el alma del jardinero. Con toda algun espíritu benéfico debió traerle a la memoria el recuerdo de su patria, de su religion, de su fiel esposa y de sus hijos, porque despues de algunos momentos de duda se le oyó contestar de esta manera.

—El viagero abrasado por la sed en los desiertos que rodean el Egipto irrita mas sus sufrimientos y parece con mas

dolores si la imagen del Nilo se presenta por desgracia á su memoria. No creas, hermosísima joven, que me atormenta la idea de poseerte, al contrario, en eso estribaría mi mayor ventura; pero has de saber que en mi patria tengo una esposa á la que me unen lazos indisolubles, tengo además tres hijos que anhelan mi regreso. Ya ves, desdichada joven que no podemos unirnos.

Esta explicación era precisa, y el conde creyó haber cortado la intriga con lealtad, no dudando que la princesa volvería á la razón olvidando sus proyectos; pero se engañaba miserablemente. La joven egipcia no suponía siquiera que el conde, joven también y bello, dejase de amarla: conocía sobradamente el poder de su hermosura, y á esto se debió que oyera sin la menor impresión el caballeresco alegato del conde. Imbuída en las ideas de su país, no tenía la pretensión de poseer ella sola á su amante: por el contrario, miraba el amor de los hombres como un bien divisible, porque muchas veces había oído compararlo á una hebra de seda, la cual puede cortarse en mil pedazos sin que por esto cada uno de estos, comparado aisladamente, deje de formar un todo completo. En realidad la comparación no dejaba de ser ingeniosa, y es mucha lástima que las europeas no sean en esto tan sutiles como las africanas. La princesa estaba acostumbrada desde la infancia á considerar la poligamia como la cosa más natural del mundo, y en este concepto dijo á su amante.

—Tú me llamas flor de Oriente, cristiano; pero ¿no has visto otras flores agradables á la vista y al olfato ostentar á milado sus hermosos matices? ¿Te prohíbo yo acaso que goces en sus encantos? No soy tan inconsiderada que te obligue á plantar una sola flor en tus jardines, la cual por más hermosa que fuese, acabaría por cansarte. Tú muger compartirás con nosotros la dicha que te preparo: ella será mi mejor amiga, así como tus hijos serán los míos: yo los educaré á las sombras de nuestras flores para que puedan alimentarse en esta tierra que no conocen.

Si la tolerancia en materias de amor hubiese progresado tanto en nuestro siglo, como la tolerancia religiosa, es bien seguro que la manera de pensar de *Miri-Adi* no sería hoy nueva ni estraña para ninguna de nuestras lectoras. Pero ella era musulmana, y bajo el cielo dulce y despejado de Egipto, los celos tienen menos poder sobre el bello que sobre el feo sexo: en cambio las mugeres gobiernan allí con un cetro de hierro, que difícilmente llegan á empuñar en Europa algunas de esas mugeres de quienes solemos decir que llevan puestos los calzones.

El conde estaba conmovido con la bondad y sencillez de la joven princesa, y sabe Dios donde fueran á parar las cosas, si hubiese estado seguro de que Beatriz entraba con resignación en los proyectos polígamos de la sarracena, y sobre todo si no hubiese tropezado con el invencible escollo del cambio de religión. El conde no ocultó esta nueva dificultad á su amiga, la cual por más ingeniosa que había estado en la resolución de las demás objeciones, se encontró esta vez embarazada. El debate se cerró sin decisión sobre este punto, y las partes beligerantes se retiraron como suelen hacerlo los embajadores de dos estados vecinos, que no queriendo ceder de sus derechos, remiten la conclusión del protocolo para una época más lejana, y en el interin viven en paz del modo mejor que pueden.

VI.

El travieso Bermudo tenía, como ya sabemos, una parte liberante en los consejos del conde, quien le comunicó al retirarse por la noche toda su aventura. El buen jardinero estaba muy agitado, tenía necesidad de comunicar á otro sus pensamientos y probablemente había recibido en el corazón una chispa del fuego que abrasaba á la princesa, luego que las cenizas de su amor conyugal no lograban apagar de ningún modo. Una ausencia de seis años, la casi imposibilidad de reunirse á Beatriz, y la ocasión que se le presentaba de ocupar su alma á gusto suyo, eran tres circunstancias críticas muy capaces de poner en fermentación una sustancia tan espirituosa y variable como el amor.

El prudente escudero oyó con la mayor atención la interesante historia de su amo, y como si el orificio de su sentido acústico hubiese sido demasiado estrecho, abrió al mismo tiempo sus ojos, sus oídos y su espaciosa boca. Cuando se hubo deleitado bastante con la historia del conde: cuando todo lo hubo considerado, rumiado y meditado á su placer, fué de opinión de dejar obrar al cielo, aceptando el proyecto de la princesa sin quitar ni añadir ninguna cosa.

—En vuestra patria, le dijo al conde, se os ha borrado ya del libro de los vivos, y en el abismo en que os encontráis sepultado, no tenéis otra esperanza que la mano que os presenta el amor. Si el sentimiento de haberos perdido no ha muerto ya á vuestra dulce compañera, podeis estar seguro que el tiempo la ha acostumbrado á su disgusto, que os ha olvidado y si me apurais, que se ha casado con otro. Convengo en que renegar uno de su fe es una cosa terrible; pero en esto podrá hallarse tal vez algún acomodo. Yo no he visto en ninguna parte que la muger enseñe al marido el camino del cielo; por el contrario, ella debe obedecer al impulso que el hombre la comunique y marchar delante como la nube empujada por el viento, sin mirar á la derecha, ni á la izquierda, ni mucho menos atrás como hizo la muger de Lot, que por lo mismo diz que fué convertida en estatua de sal. La muger debe vivir donde quiera el marido. De mí sé decir que tengo, como sabeis, una muger; pues estoy bien seguro que si me acomodase habitar la antecámara del infierno, mi esposa no había de dejar de seguirme para hacerme aire con su delantal. Os aconsejo, pues, que os mantengais firme en que la princesa renuncie á su Profeta: si os ama verdaderamente, no dudará en cambiar su paraíso mentido, por el cielo de los cristianos.

Aun siguió hablando Bermudo para convencer á su señor de que debía aceptar á toda costa su buena estrella y romper los grillos de su prisión. Pero no le ocurrió ni por asomos, que hablando con tanto entusiasmo de su muger, había traído á la memoria del conde la felicidad del amor de Beatriz. Aquella noche la pasó atormentado dando vueltas en la cama, hasta que hallándose rendido de fatiga, quedó sumergido en un profundo letargo. Entonces soñó que el mas bello diente incisivo de su dentadura de marfil se le había caído, causándole un profundo disgusto; mas que habiendo tomado el espejo para examinar si estaba muy desfigurado por la brecha, ¡Oh

maravilla! Un nuevo diente blanco y lustroso como los demás se había colocado en el sitio que había ocupado el antiguo. En seguida que despertó quiso averiguar la significación de su sueño, y Bermudo, que para todo tenía recursos, dijo que conocía á un negro muy hábil en el arte de pronosticar el porvenir y explicar los sueños. El conde mandó que le trajese á su presencia, y cuando le tuvo delante le contó su vision nocturna. El negro pareció meditar: abrió sus gruesos labios y dijo:

—La muerte te ha arrebatado el objeto de tu preferencia; pero el destino se encarga de llenar ese vacío.

Ahora ya estaba claro que las suposiciones del escudero tenían fundamento, y que el disgusto había hecho bajar al sepulcro á su amada Beatriz. El inconsolable viudo estaba tan seguro de su desgracia como si la noticia le hubiese sido comunicada oficialmente con todos los requisitos del duelo. Esperó, pues, la dolorosa sensación que puede afectar al hombre, que habiendo perdido un diente querido lo ve reemplazar con otro semejante. Poco á poco se fué consolando con las palabras venales, pero no por eso menos eficaces entre viudos y viudas de «Es la voluntad de Dios y es preciso resignarse.» Creyéndose, pues, en libertad, desde aquel instante desplegó el conde todas sus velas: dejó flotar alegremente su pabellón y gobernó en derecho hacia el puerto.

VII.

En la primera entrevista que tuvo con la princesa, le pareció ésta mas seductora que nunca: su delicado y voluptuoso tallo no había tenido jamás tantos encantos, y su paso ligero y gracioso le parecía ser ahora el de una diosa, por mas que la musulmana se condujese de una manera bastante mortal moviendo un pie después de otro como hace todo el mundo.

—Cristiano, le dijo *Miri-Adi* con su voz melodiosa, ¿has hablado al iman?

El conde guardó silencio por algunos instantes, bajó tristemente los ojos, puso una rodilla en tierra, y en esta humilde posición respondió lo que sigue:

—Sublime hija del sultan, mi vida entera te pertenece; pero permíteme que te diga que no tienes ninguna influencia sobre mí fe. Estoy pronto á sacrificarlo todo, pero déjame en mi religión, porque ella está de tal modo identificada con mi existencia, que sería mas fácil hacerme morir que renegar.

Conociendo la joven que iban á fracasar sus planes, si el europeo persistía en su resolución, adoptó un medio heroico de mas efecto que el magnetismo animal tan decantado. Se quitó el velo que la cubría de arriba abajo, y se mostró en todo el esplendor de su belleza, como el sol naciente cuando por primera vez ilumina la tierra. Un vivo encarnado coloreaba sus mejillas; la pasión encandecía sus labios, sus cejas arqueadas por el amor dominaban dos ojos llenos de fuego, y dos grandes rizos de cabellos rubios ondeaban por su cuello yendo á descansar sobre su pecho nacarado.

—Mírame, cristiano, le dijo, mira si te agrado y si merezco que hagas por mí el sacrificio que te pido.

—Tu belleza es de un ángel, exclamó el conde, poseído de una estática admiración: eres digna de la aureola de las vírgenes y de brillar en el cielo de los ángeles en comparación del cual las delicias de tu paraíso son sombras engañosas.

Estas palabras, dichas con calor y tono persuasivo, hallaron eco en el corazón de la princesa. Sobre todo pareció agradaarle lo de la aureola, y pidió una explicación precisa sobre tan bello adorno. El conde no quiso malograr la coyuntura de pintarle el cielo de los cristianos con los colores mas vivos: buscó las imágenes que le parecieron mas halagüeñas, y las describió con tanta seguridad como si hubiese sido enviado del seno de la felicidad eterna para operar la conversacion de la joven musulmana. Como el Profeta se ha mostrado en extremo parsimonioso respecto á las almas bienhechoras del bello sexo árabe, el orador apostólico no dejó de hacer observar á su amante el lado débil de la doctrina de Mahoma. Y sea que el cielo favoreciese la empresa de este ardiente misionero, sea que el gusto de la princesa por todo lo original se extendiese hasta los dogmas religiosos, ó bien que la persona del catequista fuese aun mas persuasiva que sus razones, lo cierto es que la joven no perdió una sola palabra de la conversacion, y que si la noche que sobrevino de repente, no hubiese interrumpido la plática cristiana todavía hubiese estado escuchando algunas horas mas.

—Con tan bellas disposiciones, nadie se sorprenderá que digamos, que al cabo de algunas entrevistas la hija del sultan conocía el catecismo de la iglesia de Occidente tan bien como el mismo conde, lo que prueba que su religion no estaba exenta de alguna pequeña heregia, pues que se ha visto que don Juan no era muy fuerte en materias canónicas. La mision no quedó sin resultado: el celo de la princesa se escitó profundamente, y ya no pensó en convertir al conde, sino en dejarse convertir por él para mas honra y gloria de su ansiado himeneo.

La controversia, pues, quedaba reducida á saber como habían de manejarse los amantes para conseguir su objeto. La princesa tuvo consulta sobre el particular con el conde y su escudero; siendo este último de parecer de que debía cogerse la fruta puesta que estaba madura: que se descubriese sin tardanza á la bella neófita el nacimiento del conde y que se le propusiese la fuga para ir á vivir como esposos cristianos á las orillas del Ebro.

En el primer momento de exaltación el conde dió su asentimiento á este proyecto sin reparar en las dificultades. El amor nivela las montañas y salta por encima de las murallas y de los abismos.

—¡Oh reflejo de la Virgen santa! dijo á la catecúmena cuando la hizo saber sus esperanzas. Has sido elegida entre los habitantes de un pueblo reprobado para vencer el error y recibir tu parte de herencia beatificada. ¿Tendrás valor para renunciar á tu país y huir conmigo? Yo te llevaré á Roma á los pies del soberano pontífice, sucesor de San Pedro, que tiene las llaves del cielo, para que te reciba en la iglesia católica y bendiga nuestra unión. No temas que el brazo poderoso de tu padre detenga nuestra marcha: cada nube que pase sobre nuestras cabezas, irá llena de ángeles armados de escudos de diamante y de espadas de fuego para guardarte y protegerte. Además, sabe que por mi nacimiento soy igual á un bey; que soy conde y mando á los hombres: que tengo villas y lugares, palacios y castillos fuertes y un gran número de caballeros y escuderos que obedecen mis mandatos.

En mi patria no vivirás encerrada dentro de los muros de un serrallo, sino que por el contrario serás libre y mandarás como reina.

La princesa escuchó este discurso como si hubiese sido pronunciado por la boca de un ángel: dió completa fe á las palabras del conde, y quedó sumamente lisonjeada de que la bella tortolilla pudiese fabricar su nido con el pájaro de la raza del águila, y no con el gorrion como lo había supuesto en un principio. Resuelta á dejar la tierra de Egipto, y confiada en la protección invisible ofrecida por el conde, hubiera atravesado en el momento los muros del serrallo, si su amante no la hiciese notar que le faltaba que tomar algunas medidas para asegurar el éxito de la empresa.

Entre todas las hazañas que pueden intentarse en este mundo por mar y por tierra, no hay ninguna mas atrevida y difícil que la de robar fraudulentamente á una favorita del sultan. Un golpe de esta naturaleza, no podía ser concebido ni madurado sino por la fogosa imaginación de un español, aragonés de los tiempos feudales. El éxito coronó, sin embargo, sus esperanzas, porque sin agena intervención, sin el auxilio de ninguna hada benéfica, hizo que la princesa, provista de antemano de sus mas ricas joyas, cambiase la vestidura real por un sencillo cafetan; y que en compañía de su amante y de Bermudo el escudero, dejase una noche los jardines del serrallo para empezar el lejano viaje de Occidente.

No dice la crónica de donde hemos sacado esta narración, los medios de que se valieron los amantes para burlar la vigilancia del sultan. Tampoco sabemos si el buque francés donde se embarcaron en Alejandría fué escoltado ó no como lo había dicho el conde, por legiones celestiales defendidas con escudos de diamantes; pero si podemos asegurar que los cuatro vientos cardinales se confabularon para favorecer el viaje, y que al cabo de un mes escaso de navegación el buque dió fondo en el puerto de Barcelona sin avería de ningún género.

CONCLUSION.

En el momento en que los fugitivos ponían el pie en tierra de España, un hombre embozado en una capa se acercó á Bermudo, cuyo traje semi-oriental, semi-aragonés, había llamado su atención, y le dijo en lengua nativa.

—¿De dónde venis, seor bravo?

Agradablemente sorprendido el escudero de oír hablar á un compatriota, pero deseando evitar conversacion con personas estrañas, le contestó secamente.

—De la mar.

—¿Quién es el noble caballero que acompaña?

—Mi amo.

—¿De qué país venis?

—De Oriente.

—¿Y á dónde vas?

—A Occidente.

—¿A qué provincia?

—A la mia.

—¿Dónde está la tuya?

—A cincuenta leguas de aqui.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Salta-tumbas, mi espada se llama respeto, pasatiempo mi muger, sueño largo mi criada, rompe platos mi heredero, perezoso mi caballo, y.... nada mas, ya me conoces á mi y á toda mi familia.

—Me pareces un camarada alegre.

—Yo no soy camarada de nadie.

—Responde á una sola pregunta.

—Habla.

—¿Tienes alguna noticia del conde aragonés don Juan de Luna?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque si.

—¿Y por qué si?

—Porque tengo que darle una mala noticia.

—¿Qué noticia?

—Que la bella Beatriz, la condesa su esposa, murió hace ya bastante tiempo.

Esta respuesta hizo cambiar de tono al honrado Bermudo. —Espera un poco, añadió, puede que mi amo te dé alguna nueva del conde.

En seguida se acercó á éste y le dijo al oído lo que acababa de saber. La impresión fué violenta para el noble caballero. Por algunos instantes permaneció clavado en tierra mudo de terror; pero á poder de las caricias y halagos de la bella egipcia, su espíritu fué serenándose poco á poco hasta quedar del todo tranquilo.

Entonces fué su primer deseo adquirir noticias de sus tres hijos. Hizo una seña al desconocido, quien habiéndose acercado resultó ser uno de los antiguos servidores de su palacio.

En la posada donde á poco fueron alojados los viajeros, supo el conde que su esposa, no pudiendo soportar tan larga ausencia, había muerto de tristeza: que sus hijos vivían bajo la tutela de una hermana de su muger, que era al mismo tiempo curadora de sus bienes, y que todos sus vasallos creían que su señor hubiese muerto á manos de los turcos.

El conde enjugó sus lágrimas con la punta del chal de *Miri-Adi*: dirigió una mirada de amor y de resignación hacia la bella fugitiva, y tomándola de la mano la presentó al único vasallo que estaba presente diciéndole:—«Puesto que el cielo lo ha querido, reconoce á tu señora la condesa.»

Un mes después se celebraba con la mayor pompa en la capilla del castillo de Albarracín el matrimonio del conde don Juan de Luna con Maria Egipcia, *Miri-Adi-Gaffer*, habiendo precedido á esta solemne ceremonia la del bautismo de la castellana; siendo padrinos al efecto por delegación del rey de Aragon, el muy reverendísimo arzobispo de Zaragoza, residente á la sazón en Molina, y micer Jaime de Bolea, condestable de la orden de San Jorge.

Alejandría de Egipto 20 de julio de 1849.

FRANCISCO SEPÚLVEDA.

MELLAD O.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.